HISTORIA DE UN PERRO Y OTROS CUENTOS — ANTOLOGÍA DEL CUENTO GRIEGO SIGLO XIX - XX





Antología del Cuento Griego



Antología del cuento griego
SIGLO XIX - XX

Historia de un perro y otros cuentos



Historia de un perro y otros cuentos
Emmanuil Roidis, Dimitrios Vikelas, Alexandros Papadiamantis, Ioannis Kondylakis

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por laMunicipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

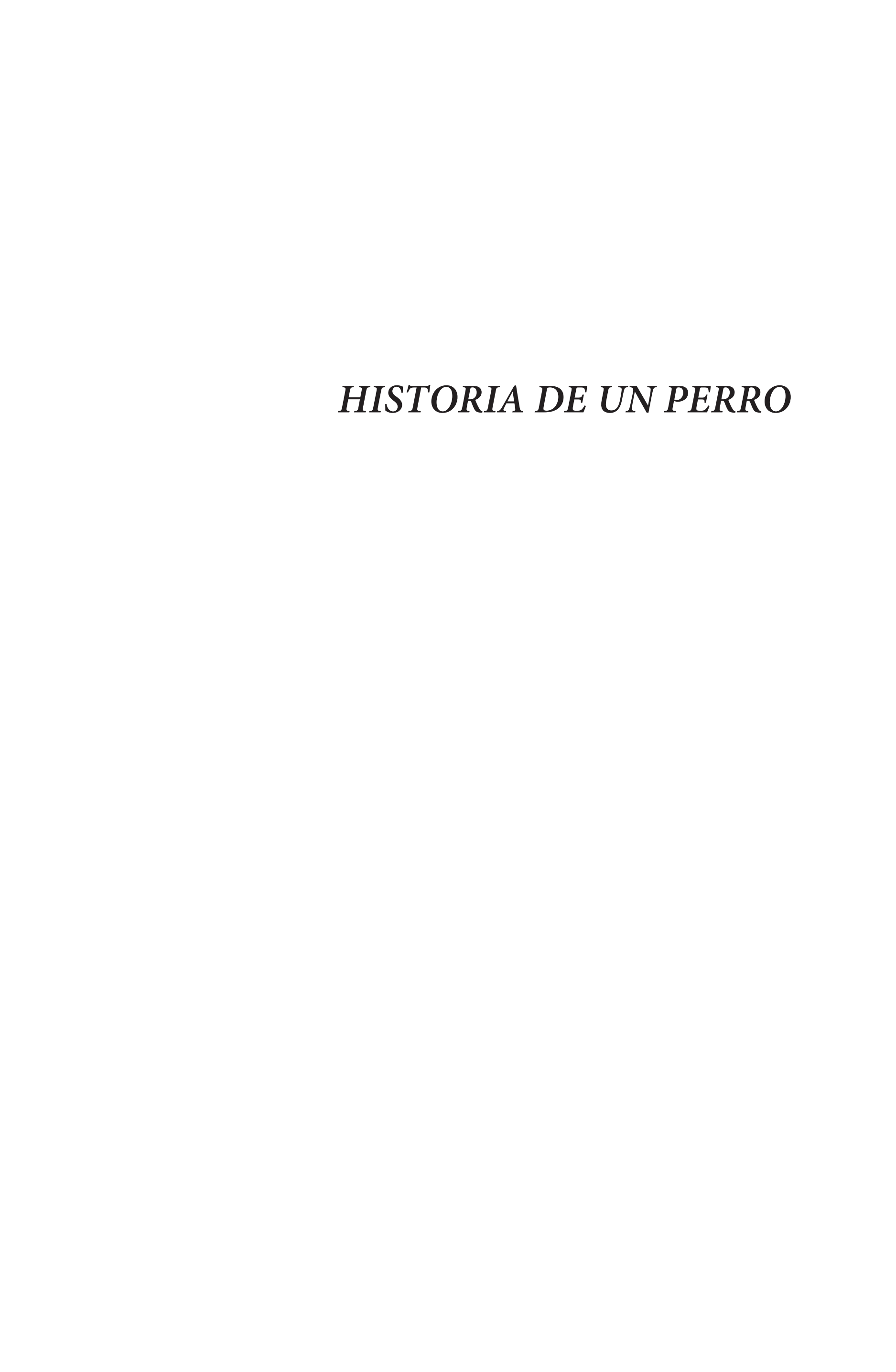
En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Emmanuil Roidis

Emmanuil Roidis nació en el año 1836 en Hermúpolis, capital de Siros, bañado por las costas del mar Egeo. Perteneció a una familia acomodada y tuvo una esmerada educación liberal. Es famoso por una novela que lo llevó a la fama, *La papisa Juana* (1866), aunque su obra también incluye ensayos, artículos periodísticos y relatos. Durante su vida vivió en Italia, Alemania, Rumanía y Egipto. Falleció en 1904 en Atenas.



HISTORIA DE UN PERRO

Recuerdo como si fuera ayer la historia, hace ya cuarenta años, de aquel perro. En aquella época era alumno de primer curso del Liceo Helenoamericano del difunto Jristos Evanguelidis. Al llegar de Italia, no me sentí en Siros tan forastero como me temía. En realidad, todavía quedaban en la reseca isla cantada por Orfanidis muchos paisanos italianos de los acogidos tras el fracaso de la Revolución de 1848. Los italianos eran en su mayoría afiladores de cuchillos, quitamanchas, restauradores de escudillas rotas, remendadores de calzado viejo, decoradores de cajas mortuorias, castradores de gallos, freidores ambulantes de pescado y toda suerte de pintores, canteros, profesores de baile y músicos. Las ambiciones de estos artistas se limitaban a no morirse de hambre, si bien la vida de entonces no era costosa como la de hoy. Por veinticinco dracmas al mes se podía encontrar todo un habitáculo de una planta en los barcos de vapor e incluso más barato junto a las curtidurías, si se tenía el olfato debilitado, y por un solo franco se podía uno hartar con albóndigas, estofado y *kapamás* en los autodenominados «Hoteles europeos».

El precio de las clases de música era proporcional, en forma del saldo, a este modo de vida y a la abundancia

de profesores hasta el punto que los habitantes de Hermúpolis aficionados a la música, con independencia de su clase social, se beneficiaban de esta oportunidad para aprender a tocar cada uno el instrumento de su elección a cambio de un pequeño sacrificio.

Nunca en ningún lugar resonaron como entonces en Siros, violines, flautas, trompetas, mandolinas, trompas y clarinetes. Quien recorría los callejones de la ciudad, sobre todo los domingos, se veía sumergido en olas de melodía que se precipitaban desde la ventana. Era imposible sentarse en el sillón de una barbería o a la mesa de un café sin encontrarse cara a cara con un paisano de Miguel Ángel o de Correggio pidiendo permiso para dibujar por tres dracmas «tu rostro noble y expresivo» o bien que se te muriera el perro o el gato o el loro sin que recibieras ese mismo día la visita del que se ofrecía a embalsamar los restos «de tu adorable animal». Si algún miembro distinguido de la sociedad de Siros corría el peligro de pasar a mejor vida, entonces quienes ofrecían inmortalizar el rostro «del descoyante difunto» mediante un grabado en hueco sobre yeso o, simplemente, ensalzar sus inolvidables obras en las distinguidas páginas de Italia, no esperaban no digo a que se enfriara, sino ni

siquiera a que expirara. Me es imposible evocar tales congregaciones de italianos hambrientos a la puerta de todo ser agonizante sin recordar al mismo tiempo el pareado popular:

> «*Como cuervos, se sientan en torno al lecho,*
> *y aguardan y comentan cuándo será cadáver*».

Lo malo era que no se limitaban a elogiar solo a los muertos, sino que además corrompían la mente de los vivos con tan excelsos encomios. Los poetas latinos satirizaban despiadadamente la vil adulación de los gréculos llegados a Italia desde todas partes bajo el mandato de Augusto. Peor a estos los superaban con creces los descendientes de los sátiros refugiados en Siros. Era difícil encontrar en toda la isla a algún gran comerciante, tendero, pastelero, prestamista, curtidor, cambista o patrón de barcos, cuyo *l'acuto ingegno e il raro talento* no fueran ensalzados en verso y en prosa. La adoración italiana hacia sus nobles señoras sobrepasaba los límites de lo cómico y lo creíble. No obstante, a falta de otros más pomposos, debían conformarse con ser comparadas con «retoño del valle, ángel, Hera, Hebe o Virgen» con las que se ensalzaba también la belleza de

las feas. Tal invasión de lisonjeadores italianos, a nuestro parecer, contribuyó en gran medida al desarrollo del principal defecto de los habitantes de la Siros de entonces, la arrogancia, la jactancia, la manifestación exhibicionista de lugares comunes y el resto de ridiculeces de los nuevos ricos. Pero para no parecer injustos o maledicientes, nos apresuramos a añadir que los ilustres de Siros de entonces eran solo un poco ridículos, pero por lo demás, buenas y honradas personas. Decididamente creemos que, si entonces hubieran hecho lo que más tarde hicieron los consejeros, participantes, administradores y supuestos acreedores de la bendita compañía naviera, con toda seguridad habrían sido lapidados. Pero volvamos, o mejor, vayamos a la historia del perro.

El más divertido de todos los colonos italianos de Siros era, sin duda, Giambatista, el ex sargento de Garibaldi que, tras preferir el oficio de saltimbanqui o prestidigitador a cualquier otro, lo ejercía en la plaza, justo enfrente del liceo, para gran alegría de los becados. La compañía se componía del orador Giambatista, su hijo Carlos de doce años y un viejo perro corpulento de pelo rizado (*barbet*) llamado Pluto. Los trucos del director de la compañía, los hurtos de peones, los

lanzamientos de pesos, las pirámides y las ingestiones de carbón llameante eran de los más habituales, y aún más comunes, «los saltos mortales» (*salti mortali*), el baile entre huevos y las contorsiones. Quizás más que ellos era el perro quien atraía la curiosidad y el tiempo de los habitantes de Siros ovacionando, o mejor, aullando a favor de Garibaldi o ante un palo vestido con un manto rojo, o bien, abalanzándose para desgarrar al jesuita o a Radeski, es decir, al palo ataviado con un manto negro o con un uniforme resplandeciente y con sombrero de plumas de mariscal austriaco. Más deleitable aún era cuando, de pie sobre la mesa y con una corona prelaticia de papel dorado sobre la cabeza, imitaba al Papa Pío IX bendiciendo a la multitud de fieles con las patas delanteras y, de igual modo, destacaba en el llamado *Juicio de Paris* cuando otorgaba infaliblemente la manzana, o más bien, la naranja a la lavandera o nodriza más bella de las presentes.

Así como sus compatriotas cultos convertían a las señoras de Siros en ángeles o Hebes en sus versos, así también él proclamaba afroditas populares mediante la concesión del galardón. Pero sobre todo era inolvidable cuando, caminando sobre las patas traseras y sujetando

entre los dientes una pequeña bandeja, finalizada la función, recorría las clases de espectadores inclinándose humildemente ante cada uno y fijando después sobre él una mirada menesterosa de inexpresable dulzura. Conociendo muy bien cuán querido era por los estudiantes, justo después del recorrido de la bandeja por la plaza, se abalanzaba al liceo, animoso y ruidoso si nos divertíamos en el patio o los pasillos, o callado, tímido y reservado si nos encontrábamos en las aulas de enseñanza. Sin embargo, un día el profesor de Catequesis, entonces simple sacerdote y luego obispo de Cólquida, el memorable David Molojadis, como no conocía al que entraba, alzó la vara para ahuyentarlo. Pero antes de que cayera la vara, se encontraron los ojos del buen sacerdote y del buen perro, y resultado de aquel encuentro fue la bajada de la vara y la adición de cinco minutos para colecta entre los alumnos. A veces estos se divertían poniendo a prueba de modo verdaderamente terrible la integridad de Pluto. En lugar de una moneda de cobre en la bandeja, le ofrecían en el suelo un trozo de pan, de roscón o de sobras. Pero ¿a quién le pertenecía este obsequio? ¿A la compañía, al igual que las monedas de cinco céntimos que se repartían en sociedad o al cobrador en persona? Esto era cuanto menos dudoso. Pero el honrado cuadrúpedo,

en lugar de solucionar arbitrariamente el problema a su favor devorando el obsequio, situaba la bandeja en el suelo, añadía a las monedas el ofrecimiento en especias, volvía a tomar en la boca la bandeja y corría a entregar a sus amos el contenido íntegro de la misma. Tal conducta era tanto más admirable en cuanto que no cabía certeza alguna de que sería recompensado recibiendo todo lo comestible. Sin duda, los prestidigitadores amaban a su perro en demasía, pero ni siquiera ellos mismo comían o, cuanto menos se saciaban todos los días.

En cambio, había también algunos días al año en que los italianos no solo comían sino que bebían hasta la saciedad celebrando con un banquete el aniversario de algún logro revolucionario. El vino de Santorini fluía entonces en abundancia, pues era el único entre los dos de procedencia griega que recordaba a los exiliados de su patria la dulce «lágrima de Cristo» o el cargado néctar de Marsala. Cierto día que Giambatista regresaba muy alegre de uno de esos festines, se sumergió en su habitual función sobre la plaza y, para mala suerte suya, no pasó por alto la pirámide. Como es conocido por todos, esta se compone de un cúmulo de todo tipo de recipientes, mesas, asientos, barriles, cántaros y botellas y, en la

cúspide de todo ello, la elevación del prestidigitador como si fuera una estatua. La solidez de estas pirámides no es exactamente como la de las de Egipto, y por parte del escalador se requiere mucha seguridad al pisar y cuidado para mantener su inestable equilibrio. Los vapores del vino de Tera lo hicieron más inestable aquel día.

Giambatista logró mantenerse inmóvil unos instantes sobre aquel alto pedestal, pero súbitamente, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho imitando a Bonaparte, toda la construcción tembló y se derrumbó con un gran estrépito del que destacaba el sonido más agudo de los vidrios rotos. Al principio, los espectadores creyeron que ese terremoto estaba incluido en el programa de la función. Por desgracia, el daño había sido real y mucho mayor del calculado originariamente. Aparte de los cántaros y las botellas, durante la caída se habían roto también los dos huesos de la canilla del desdichado equilibrista, a quien, una vez colocado en una camilla por escénicos alguacilillos, trasladaron al hospital seguido del dolorido Carlos y de Pluto, cuya muda pena no parecía menor. El entonces médico jefe del hospital de Siros no solo era un buen cirujano, sino también una excelente persona. Compadeciéndose de aquellos desgraciados,

asiló en el sanatorio, además del paciente, a su hijo y al perro.

La doble fractura del prestidigitador resultó no tolerar la soldadura y obligaba a la amputación de la pierna sin más remedio. El éter, el cloroformo y esa anestesia local por frío no eran habituales aún en Siros en aquella época, de modo que el paciente debía soportar el dolor indisminuible de la operación. Antes de someterse a la misma, el médico ordenó el alejamiento del hijo del mutilado por temor que se impresionara pero, a petición de este, consintió en que se quedara el perro. El equilibrista, rodeando con su brazo la cabeza lanuda de su fiel compañero, la apoyó en la suya y justo después comenzó la labor del cuchillo y la sierra.

Los gemidos del mutilado por la agudeza del dolor irritaban a Pluto, quien no podía adivinar por qué razón torturaban tan duramente a su amo. Cuando hacia el final de la operación este se desmayó por el abundante flujo de sangre, el perro, que había quedado liberado, se abalanzó para vengarlo mordiendo el brazo desnudo del cirujano. Pero, como ya hemos dicho, este era un hombre muy bondadoso. En vez de enfadarse se apresuró a detener a

los enfermeros que maltrataban a Pluto con muestras de entusiasmo, ordenando que lo dejaran tranquilo junto al lecho de su dueño.

Casualmente, en aquella sala del hospital permanecía hasta su completa recuperación otro italiano, un sacamuelas errante y vendedor de filtros mágicos que realizaba sus operaciones mercantiles en los pueblos donde era más fácil hallar compradores de panaceas y hierbas del amor. Este charlatán, buen conocedor de la habilidad de Pluto en pasar la bandeja, pensó en el culmen de su inconsciencia privar a su paisano mutilado de su único consuelo. Aprovechándose de la ausencia del joven Carlos, a quien habían colocado por recomendación del doctor en una tintorería lo suficientemente alejada, se ocupó mediante todo tipo de cuidados de ganarse la confianza del perro, y el día que le dieron el alta del hospital consiguió que lo acompañara hasta el final de la calle. Allí, sin embargo, Pluto insistió en despedirlo, y no lo convencía de que avanzara más ni con caricias ni enseñándole un trozo de embutido. Fracasado el intento de corrupción, el raptor se vio obligado a recurrir al uso de una cuerda con la que arrastró al pobre animal que unas veces se quejaba ruidosamente y otras corría el

peligro de ahogarse al ofrecer resistencia. Por el camino se encontró casualmente con un enfermero, al que le relató que, como le había comprado el perro a su amo, tenía el derecho de llevárselo a Jrusa aun a la fuerza.

La pena por la ausencia de su compañero y su debilidad física debida a la mala alimentación empeoraron tanto el estado del desdichado prestidigitador que, cierta mañana en que su hijo iba a visitarlo, encontró el lecho vacío y a su padre dentro de un féretro dispuesto para ser trasladado a su última morada.

Ocho días después de su secuestro y dos horas después del traslado del muerto, Pluto, que había conseguido escapar de Jrusa, sacudía insistentemente el portal del hospital. Por desgracia, en vez del portero le abrió un licenciado de la facultad de medicina contratado como ayudante de cirujano. Aquel indigno hombre, haciendo honor a la mala fama de su oficio, se dedicaba a realizar experimentos de vivisección, recomendada, como es sabido, para la disección de una víctima viva en lugar de un cadáver, con el fin de analizar la función de los órganos internos, los movimientos de los músculos y el resultado del corte de un nervio o de la extirpación de

un lóbulo cerebral. Estas atrocidades puede que sea útiles para los estudiosos, pero desde el principio provocaron, y siguen provocando, la indignación y las protestas de cuantos tienen entrañas.

La visión de aquel buen animal, jadeante por el largo camino, que arrastraba el rabo y suplicaba con mirada humana que se le abriera la puerta de la sala donde suponía que se encontraba aún su amo, no valió para ablandar el pétreo corazón de disector. Tras apresar al confiado Pluto y atarlo sobre la mesa de disección, empezó a despiezarle las carnes sin compasión.

Mientras se entregaba a esta diversión, Carlos regresaba al hospital para recoger la humilde herencia paterna, a saber, un paquete con indumentaria teatral. El dolor de las cuchilladas y la sensación de que se acercaba su joven amo transmitieron a Pluto la fuerza necesaria para romper las ataduras y para enseñar por debajo de la puerta su pata peluda ensangrentada.

Entonces la oda a dos voces del niño llorando ante la puerta cerrada y del perro aullando lastimosamente tras ella, sonó abrumadora. Aquel ruido atrajo al médico, a cuyo grito se vio obligado el disector a obedecer abriendo

la puerta. Pluto se dejó caer en los brazos del huérfano, mientras el médico demostró una vez más la bondad de su alma escupiendo dos veces a la cara al sanguinario verdugo y vendando a continuación con gran esmero las heridas abiertas de la víctima, a quien ordenó que le ofrecieran una escudilla de leche y lo dejaran después calmarse.

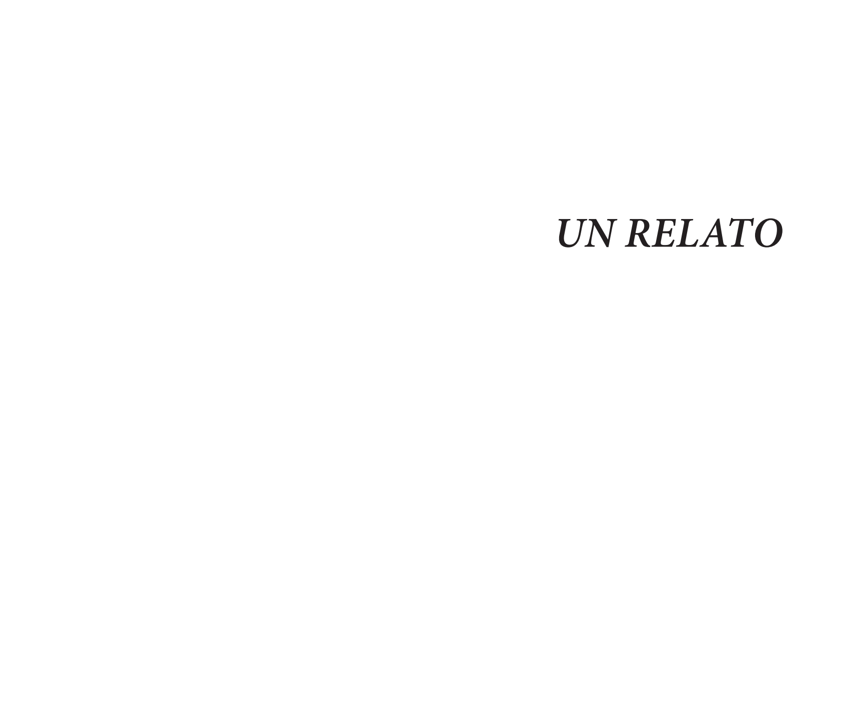
Pero era imposible que Pluto hallara tranquilidad ante la idea de encontrar también a su más anciano amo. Nada más quedarse solo, se irguió sobre sus descompuestas patas y acudió a la clínica y de allí, al pequeño patio cubierto donde se depositaban los fallecidos hasta su traslado. Sirviéndose de su infalible nariz como guía, y olfateando ora el suelo ora el viento, logró encontrar y seguir el camino hacia el cementerio. Con todo, el deplorable e insólito aspecto de aquel perro envuelto en tela teñida de sangre despertó la curiosidad de los transeúntes y sublevó la inconsciente crueldad infantil de los granujas, quienes corrían tras él gritando y lapidándolo. En aquel momento los alumnos del Liceo, que salían a dar su habitual paseo vespertino, subían la cuesta de Siros Alto en orden militar. Inmediatamente se rompió el orden y todos corrimos en auxilio de nuestro

amigo en peligro, mientras Carlos aparecía jadeando desde otra calle. Pero ya era tarde. Pluto, cuyas últimas fuerzas quedaron agotadas por el ímpetu del camino, el miedo y las lapidaciones, cayó junto a las puertas del cementerio, alcanzando apenas a lamer las manos del niño antes de expirar en sus rodillas.

Con las tres dracmas que recolectamos, convencimos al sepulturero de que enterrara los despojos de Pluto en una fosa cavada junto al cementerio, dado que era imposible enterrarlo en su interior por el hecho de que tenía cuatro patas. Desde entonces, muchas veces, cuando leo cuanto se escribe sobre la vida eterna, he llegado a pensar que, si es cierta la opinión de quienes creen que en el cuerpo no habita alma alguna, sino que la única fe, la dedicación, el altruismo y el amor son premiados en las moradas eternas, es mucho más probable que, en lugar de muchos amigos íntimos míos que ya han partido, se encuentre allí el alma de aquel buen perro.

Dimitrios Vikelas

Dimitrios Vikelas nació en Hermúpolis, uno de los puertos más activos del mar Egeo, en 1835. Fue un hombre de comercio y de letras, que llegó a ser presidente del Comité Olímpico Internacional. Vivió en Grecia y Constantinopla (Turquía), pero posteriormente se trasladó a Londres y luego a París. En vida se dedicó a cultivar la poesía, novela histórica y cuentos; así como, artículos históricos y de materia política. Entre sus obras conocidas se encuentra *Loukis Laras* (1879), una novela de estilo naturalista. Murió en Atenas en 1908.



UN RELATO

CAPÍTULO 1

Han pasado desde entonces muchos años. Yo era muy joven y por primera vez viajaba solo. Iba a Francia pasando por Italia. En aquella época los viajes eran más difíciles, más costosos, y al mismo tiempo más largos de lo que lo son hoy día. Los vapores no surcaban los mares con la misma velocidad ni eran tan numerosos corno ahora, sino que se detenían en los distintos puntos, dando tiempo a los viajeros para visitar las ciudades por las que pasaban, siempre y cuando (se comprende) tuviesen los pasaportes en regla y fuera permitida la libre comunicación. Ni tampoco los ferrocarriles, abreviando las distancias, unían todavía las ciudades de Europa. Por mar o por tierra, el viajero caminaba sin prisas, teniendo tiempo de respirar, de descansar y de satisfacer su curiosidad. ¡Y con qué curiosidad se viaja cuando uno es joven y cuando se ve por vez primera un mundo nuevo y desconocido! Todo entonces provoca la admiración y exalta la fantasía. ¡Oh! la juventud, mientras dura, todo lo embellece, pero ¡cuán presto pasa!

Tras veinticuatro horas de permanencia en Nápoles partimos para Civitavecchia. Después de haber visto todo lo que pude de las curiosidades de la ciudad, regresé al vapor antes de que se levase el ancla. Hallé el puente lleno de gente y solo con grandes apuros pude hallar entre la multitud a mis compañeros de viaje de Grecia que habían quedado a bordo. Como no se había dado todavía la señal de marcha no me era fácil distinguir entre aquella multitud, quienes aumentarían el número de pasajeros del buque y quienes habían venido únicamente con el objeto de despedirse de ellos. Mas a medida que la hora adelantaba, los abrazos, las despedidas y las separaciones sucesivas iban aclarando aquella concurrencia. Los vendedores de corales, de peines, de joyas, poniendo en orden sus mercancías, comenzaron a descender uno tras otro a las lanchas; los marineros se pusieron en movimiento tirando las cuerdas, cerrando las bodegas y al murmullo general se añadió el silbido de la máquina anunciando la próxima partida.

A todo esto, apenas hube vuelto a bordo en medio de la animación y confusión que reinaba, todavía pude distinguir en el rincón más apartado de la popa, tres personas sentadas, dos mujeres y un hombre, los cuales

parecían haber tomado posesión desde mucho tiempo antes de aquel extremo del puente.

De las dos mujeres, la más joven, recostada en una silla cama de paja, con almohadas que sostenían su cuerpo y su cabeza, seguía con mirada melancólica la animación del puente. La otra, de edad avanzada, estaba sentada detrás de ella en el banco de madera que daba la vuelta al buque. Encima un taburete, un viejo que tenía aire militar, sosteniendo con las manos un libro que no leía, seguía con atención cariñosa el menor movimiento de la joven y de vez en cuando le dirigía la palabra en voz baja.

Sin duda eran un padre que acompañaba a su hija enferma y una vieja sirvienta que la cuidaba y le hacía las veces de madre.

CAPÍTULO 2

Las impresiones de la juventud no se borran nunca. Ciertas figuras y ciertos acontecimientos que muchos años antes han pasado ante nuestros ojos, quedan para siempre grabados en nuestra memoria y se conservan llenos de vida en nuestra imaginación, resucitando de pronto su recuerdo sin que sepamos cómo ni de qué manera. Apenas si vi aquella joven, si oí su débil voz; ni conocí su nombre, ni supe siquiera de su patria; solo durante algunas horas su presencia llenó de tristeza mi alma y, sin embargo, nunca la olvidé ni podré jamás olvidarla.

Era rubia, muy rubia; al primer golpe de vista se adivinaba que era hija del Norte. De lo que oí decir después entre los pasajeros respecto de ella, me formé la idea de que era polaca, pero no tengo ninguna seguridad de esto. Sus facciones eran regulares, la expresión de su semblante muy dulce, pero pálida, flaca y sin fuerzas. Sus grandes ojos azules parecían mayores a causa de su palidez, su debilidad y su mirada descansaba lánguidamente en cuanto se fijaba con una melancolía

indecible. En cuanto la vi me conmovió su presencia; me acordé de seres queridos, de mi familia, de mi patria. Aquel semblante pálido y encantador oscureció en un momento la alegría de las impresiones de mi primer viaje al extranjero; aquella triste mirada colmó mi alma de pena. Me senté en el banco de delante junto a la popa, pero de manera que ni ella ni su padre pudieran observarme, y así me quedé sin fijar mi intención en cosa alguna fuera de ella.

El médico del vapor interrumpió mi ensimismamiento dirigiéndome alegremente la palabra para preguntarme si me había divertido en Nápoles. Era un hombre excelente, amigo de la charla que con su animación contribuía a crear amistosas relaciones entre los pasajeros. Desde el principio me tomó bajo su protección y me trató como un antiguo amigo. Tenía cosa de unos cincuenta años y en aquella época de la vida los de esta edad me parecían ya viejos; pero su jovialidad hacia desaparecer algún tanto el respeto que la diferencia de los años en otro caso me hubiera inspirado. Por el contrario, al cabo de poco tiempo éramos ya íntimos amigos.

El médico se sentó a mi lado para continuar la conversación y entonces observó por primera vez a los

extranjeros que estaban delante de nosotros. La vista de la enferma atrajo principalmente su atención. La estuvo contemplando un rato silenciosamente y cesó su buen humor.

—¿De qué sufre? le pregunté.

—¿No lo ves? ¡La pobre es tísica!

Se levantó, se acercó al grupo y dirigió la palabra al viejo; después tomando un taburete se sentó y sus anchas espaldas me ocultaron la cabeza de la paciente.

¡Tísica! Ya sabía lo que significaba esta palabra. Recordé inmediatamente a un maestro de mi colegio, joven, pálido y flaco, con algunas manchas rojas en sus hundidas mejillas, que con fatiga venía a la clase y con mayor fatiga la daba, interrumpiéndola a menudo para toser. Un día el profesor no vino, las lecciones se suspendieron y supimos que estaba enfermo; pocas semanas después sus discípulos acompañábamos su cadáver. No había visto hasta entonces otra víctima de la tisis, pero sabía perfectamente que los tísicos morían y, con los ojos fijos en las espaldas del médico, mi imaginación reconstruía aquel cortejo fúnebre y veía a

mi maestro llevado por cuatro de sus discípulos de más edad, dentro de un féretro cubierto de flores.

A todo esto, el ancora se elevó, las ruedas dieron vueltas golpeando ruidosamente el mar y el vapor comenzó a moverse. Me levanté entonces para apoyarme en un rollo de cuerdas detrás del timón y contemplar más a mi sabor la hermosa ciudad de la cual nos alejábamos. La inmensa extensión de la playa que oculta con sus casas, sus palacios y sus iglesias, brillaba bajo los rayos de un espléndido sol poniente. La zona de verdes colinas pobladas de bosques, aumentaba con el contraste de su color de esmeralda el reflejo de los apretados edificios. A la derecha de la ciudad el Vesubio, levantando orgullosamente su áspera cima, ennegrecía encima el cielo azul y destejía en forma de nube la espesa columna de sus perpetuos vapores.

CAPÍTULO 3

Cuando el buque salió del puerto y el fresco de la brisa del mar comenzó a hacerse más sensible, la vieja criada con cariñoso cuidado echó encima de los pies y de las espaldas de la joven recostada algunos abrigos. El tiempo era magnífico, aun cuando por la parte de poniente el horizonte ennegrecido anunciaba que aquella calma no continuaría; pero la amenaza que aquellas nubes ocultaban era lejana todavía, y el vapor rasgaba un mar sin olas, rizado apenas por el soplo de una ligera brisa. Solo las dos ruedas, turbando la calma de las aguas, señalaban detrás de nosotros la superficie del mar con una doble línea de espumas escalonadas.

¡Oh! ¡Y como hubiera deseado acercarme a la paciente, dirigirle algunas pocas frases de simpatía, extender el abrigo hasta el extremo del piececito, que, desde lejos veía descubierto, sostener su almohada cuando volvía la cabeza hacia la tierra que se alejaba para contemplar el cráter del volcán coronado de humo! El taburete en que acababa de sentarse el médico estaba vacío junto a ella, pero no me atrevía a acercarme.

El tiempo transcurría lentamente, el sol se acercaba a su ocaso y el aire por momentos iba refrescando. La criada se levantó, se inclinó hacia la joven y le murmuró al oído algunas palabras con aire de humilde ternura. La enferma volvió hacia ella lentamente su mirada. No dijo una sola palabra, pero la expresión de sus ojos parecía decir: «¡Déjame aquí, quiero ver todavía el mar, el cielo y el sol poniente!». El padre tomó afectuosamente su mano entre las suyas y le habló con acentos suaves que tenían tono de súplica.

Entonces la joven se levantó penosamente, haciendo un esfuerzo, sin poder moverse por sí sola. La sostuvieron por ambos lados, el viejo y la criada guiaron sus pasos vacilantes sobre el puente.

Mientras se levantaba, uno de sus guantes cayó inadvertidamente de los pliegues de su vestido. Me incliné, lo recogí y adelantándome se lo di a la sirvienta. La enferma me vio e inclinando graciosamente la cabeza, con dulce sonrisa en sus descoloridos labios, me dio las gracias en italiano y empezó de nuevo a toser. Me retiré conmovido.

La fatiga que le produjeron aquellos pocos pasos, suspendida casi del brazo de su padre, su tos seca y sorda manifestaban, todavía más que su palidez, el grado de su debilidad. La enfermedad estaba adelantada, muy adelantada. En vano su desgraciado padre la había llevado desde su país del Norte para recobrar la salud bajo el sol del medio día; la vida dejaba gradualmente aquel gracioso cuerpo. ¿Mas por qué dejaban Nápoles para dirigirse de nuevo al Norte? ¡Tal vez el viejo, perdida toda esperanza, quería devolver su hija, viva todavía, a los brazos de una madre que la aguardaba con angustia en su lejano hogar, o deseaba quizás verla morir allí donde su madre había muerto y enterrarla cerca de su esposa, en la misma tumba en que él quería descansar!

CAPÍTULO 4

EL sol al fin desapareció, rasgando con mis postreros rayos las nubes que se hacían cada vez más compactas. La brisa que un momento antes nos refrescaba con sus suaves caricias, se convertía en bruscos soplos de viento impetuoso. La noche tomaba un mal cariz. Esta noche la bailaremos, decían los marineros entre ellos, y confirmaban su predicción los diversos preparativos de la tripulación sobre el puente, y abajo en el salón los de los criados que aseguraban con cuerdas los muebles y la vajilla. Me quedé en el puente contemplando la oscuridad espesa de la noche y la tempestad que se venía encima. El ruido de las olas, que se rompían con furia siempre creciente, el silbido siniestro del viento, no bastaban a apartar mi pensamiento de la joven desconocida. ¿Qué hará ahora? ¿Sufrirá mucho? ¿Podrá resistir las sacudidas del buque cuando el balance se aumente con la violencia del huracán que se acerca?

Todos los pasajeros, unos tras otros, se habían retirado a sus camarotes. A excepción de los pesados pasos de los marineros encima de las tablas del buque, no

se oía ningún otro ruido humano en medio del rugido siniestro del mar y del viento. La noche era muy oscura; cubrían las nubes todo el firmamento; en parte alguna aparecía un astro; solo la espuma fosforescente de las olas desencadenadas brillaba en las tinieblas. Y aumentando la violencia del viento, el buque se sacudía más y más iba de un lado a otro o se hundía y levantaba encima de las aguas.

Apoyado junto a la entrada del salón, guardándome así lo mas que podía del ímpetu del viento y de la espuma de las olas, pensaba a cada violenta sacudida del buque, cómo podría, la extenuada doncella, sostener con sus débiles manos su flaco cuerpo en su combatido lecho; y pensaba también cómo pasaría las largas horas de aquella noche terrible, y entonces a mis reflexiones se juntaba el triste recuerdo del cortejo de mi difunto maestro.

Por último, las olas, saltando ya por encima el puente, me obligaron a refugiarme en el salón. La única lámpara que le iluminaba, suspendida en medio de los dos costados del buque que se balanceaban alternativamente, mostraba con su continuo movimiento, el grado de violencia que había llegado el huracán. Las puertas de los camarotes

que veía a mi alrededor estaban cerradas, y los gemidos y suspiros que salían de algunos de ellos, se mezclaban al sordo rechinar de las bisagras. No me determiné a entrar en mi propio camarote, porque en Nápoles adquirí un compañero de cuarto, italiano, muy gordo, con el cual no deseaba entrar en relaciones en tales circunstancias. Me senté, pues, en el banco de alrededor de la mesa, apoyé mis brazos en ella, encima de mis brazos mi cabeza, y sentí que el sueño descendía a mis fatigados párpados.

CAPÍTULO 5

No recuerdo fijamente si estaba despierto o adormecido, cuando oí abrir de repente la puerta del camarote de enfrente. Levanté la cabeza y vi al padre de la joven, apartando el rojo cortinaje de detrás de la puerta y que, pálido y lleno de angustia, dirigía los ojos al departamento del servicio.

—¿Puedo servirle en algo? —pregunté—. ¿Qué desea?

—¡El médico!… Mi niña…

Subí corriendo al puente. El camarote del doctor estaba junto a la máquina. El viento soplaba con furia; la espuma de las olas caía como una lluvia violenta; a duras penas pude llegar a la puerta, a la cual llamé repetidamente hasta que al fin se oyó mi voz.

—¿Quién hay?

—Un enfermo que le llama.

—¡Ah! ¡Ya supongo! Entre.

Abrió entonces la puerta. No se había desnudado. Echó su abrigo sobre sus espaldas, tomó de encima su despacho una caja con algunos remedios y salimos, acompañándole hasta la puerta del camarote. EI viejo abrió así que nos oyó venir, cogió al médico por el brazo, le metió dentro del cuarto y aseguró bien la puerta.

Me senté en el mismo sitio y aguardé largo tiempo. El buque avanzaba sin cesar; el mar rugía y se rompía contra sus costados. Todas las maderas rechinaban y en medio del ruido espantoso e inquieto del temporal, se oía el acompasado latido de la máquina que luchaba con los elementos. Solo en el camarote de la enferma reinaba un silencio extraordinario. ¿Qué pasaría allí? ¿Qué sucedería? Y al pensar esto apreté mis manos con angustia.

¿Por qué mi existencia entera se reconcentraba entonces allí? ¿Por qué mis ojos fijaban en la imagen ausente de la pálida figura de la enferma y mi pecho se oprimía? ¿Qué de común había entre ella y yo?

¡Oh! Y cuánto deseaba que se calmara la tempestad. No sé lo que hubiera dado entonces por algunos momentos de calma, pero las olas continuaban sacudiendo

furiosamente el buque y el movimiento no cesaba. Pasaba a todo esto el tiempo sin que pudiera saber lo que sucedía detrás de aquel ligero tabique que me separaba del lecho de la paciente y sin oír el menor ruido, ni siquiera el de su débil tos. Mas yo paraba atención con la esperanza de oírla todavía. Reinaba en el salón un silencio profundo. Los pasajeros estaban echados o dormidos. Solo delante de mí sabía que no había ni calma ni sueño, y sin embargo también allí el silencio era grande.

¡Por fin se abrió la puerta! Se abrió y apareció la vieja criada con el semblante bañado en lágrimas, apartando la cortina para dejar pasar al médico que tenía las cejas fruncidas y el rostro sombrío. No le dirigí una pregunta, ni pronuncié una palabra. ¡Comprendí que todo había acabado!

—¡Cómo! ¡Todavía estás aquí! —me dijo en voz baja y me llevó a su camarote.

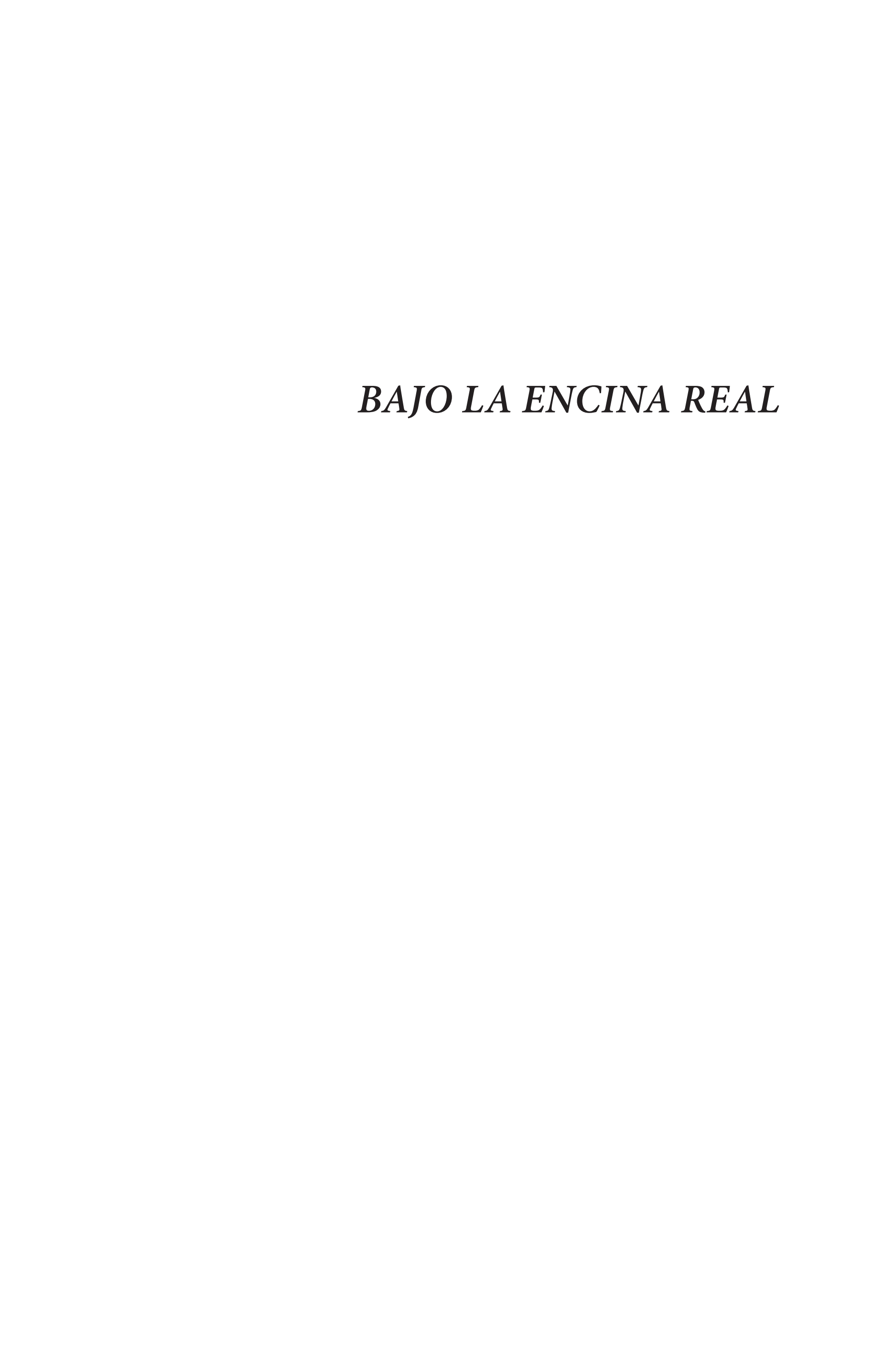
A mediodía entramos en el puerto de Civitavecchia. No desembarqué allí, sino que me quedé a bordo. Hacia la tarde, el padre, llevando en sus brazos el cuerpo inanimado de su hija, como lleva una madre al hijo dormido, bajó la escalera del buque. Un largo velo blanco

cubría el cadáver, envolviéndolo de los pies a la cabeza. El viejo no lloraba, pero la expresión de su semblante marcaba un dolor muy profundo. El médico y la vieja mujer, ahogando sus sollozos, le seguían.

Encima del puente, los pocos testigos de aquel conmovedor cortejo siguieron con la vista la fúnebre lancha, hasta que la ocultaron junto al muelle los demás navíos anclados en el puerto.

Alexandros Papadiamantis

Alexandros Papadiamantis nació en 1851 en Scíathos, una isla situada al oeste del mar Egeo. En 1880 publicó *La emigrante*, su primavera novela; tiempo después publicaría *La gitanilla*, un libro de aventuras con el mar Mediterráneo de paisaje. Escribió también numerosos cuentos que tratan sobre los barrios pobres de Atenas, los asesinos, los hipócritas, los pecadores, los ladrones, los envidiosos y los usureros; sin olvidar mencionar su novela *La asesina,* obra maestra publicada en 1903 y aquella que le daría la fama del prosista más grande de la Grecia moderna, tanto que ha sido considerado como el "Dostoievsky griego". Falleció en 1911 en su lugar de nacimiento.



BAJO LA ENCINA REAL

Cuando de pequeño, vertido en el sueño, me trasladaba hasta allá por adentrarme a disfrutar nuestras campestres romerías, la de Semana Santa, la de San Jorge y la de San José, no me saciaba de admirar, recreándome en mi sueño, un hermoso árbol, aislado, enorme, una encina real. ¡Qué majestuosidad desprendía! Sus ramas verdes, resplandecientes, vigorosas, robustas; sus brotes, curvos como el perfil del águila; cual melena de león, todos prevalecían ligados en coronas reales. Y era toda ella dueña del bosque, ama de silvestre belleza, reina de la frescura... Por sus hojas destilaba y a su alrededor fluía «maná de vida, frescura de dulzor, miel desde la piedra». Sus metopas lechosas calentaban el deseo de un divino florecimiento y la majestuosidad de su follaje inspiraba el ansia de una tierna plenitud. Y la cumbre de su ramaje se erguía como corona virginal, divina diadema. Sentía una inexpresable conmoción al contemplar aquel majestuoso árbol. Se aparecía a la vista, resonaba al oído, musitaba en el alma sonidos de una indescifrable atracción. Las ramas, los setos, su follaje, cimbreándose con el viento, parecía como si entonaran la salmodia del «*Así he crecido*». Me atraía, me invitaba, me llamaba junto a ella. Deseaba saltar del yuntado y correr hasta ella, disfrutar de ella; circundar su tronco, para el que no bastaría un abrazo de

cinco niños como yo, y besarlo. Intentaría escalar hasta el enorme tallo, robusto y esbelto, subir al entrecruzamiento de sus ramas, ascender a sus ramajes, alzarme entre las varas... Y en caso de que no me recibiera, en caso de que me apartara de su cuerpo y me arrojara abajo, caería en su hierba rodando para cobijarme bajo su sombra, bajo las metopas de su follaje, semejantes a las coronas del divino David. Esto deseaba, mas la compañía de mis familiares con los que cumplíamos aquellas excursiones por los montes no me lo iba a consentir. Y un año, fue por las fiestas del año 186... de nuestro Señor Jesucristo, una vez que ya hubimos pasado cerca del árbol, cuando llegamos al Gran Cercado —el tal Gran Cercado era un pequeño vecindario, levantamiento estival de los pastores del lugar—. Habitaban allí unas siete u ocho familias de agricultores. Dos de estas familias se relacionaban con mis padres por vínculos bautismales, de medianería, etc. y todos eran amigos y paisanos nuestros. Descendíamos hasta allí con frecuencia los días de Semana Santa, también el día de San Jorge o de San José, y a veces el día de San Constantino o de la Concepción. Sobre una agradable loma se encontraba la ermita de San Juan Teólogo donde asistíamos a la celebración. Se desarrollaban allí bailes y romerías; reinaban la frescura, el recreo y la distracción.

Se sacrificaban corderos y cabritos y se vertían libaciones de aromatizado vino rosado. Se llevaban a cabo certámenes de competiciones, lanzamientos de disco y saltos. Golpeaba los tiernos sonidos el ruido de la flauta y de la lira, acompañando el rítmico paso de las mozas en el baile circular. Y rubias pastoras vestidas de rojo encarnado saltaban, volaban, cantaban.

Después que hubimos llegado allí aquel año, se apoderó de mí muy vivamente la mágica impresión de la encina. Pasamos no muy lejos del árbol, distando media hora el camino desde el Gran Cercado. El camino se encontraba sobre la falda, un poco más alto del sitio en donde se apostaba el árbol, cortaba transversalmente el monte... y la mágica encina, según intentaba vislumbrarla sobre una vista adecuada, me atraía y me llamaba, como si fuera un ser vivo, hija virginal del monte. Por las diversas hondonadas del camino que formaban los baches o las sinuosidades del terreno, y según los movimientos de la visión, acostumbrados y convincentes —cuando se abría por primera vez la encina, según me acercaba o me alejaba de ella—, tantas vistas, visiones y caras adoptaba el árbol. Transversalmente y desde lejos tenía la visión de una esbelta cariátide; de cerca y de frente, resultaba por

completo madura y profunda, resplandeciente, honesta cual novia. Durante toda la noche, dormido o despierto, soñaba con la encina, hermosa y alta... Aquella mañana del Sábado Santo, después de perfumar el templito con laurel y romero, y después de hacer sonar alocadamente, con manos infantiles, la pequeña campana, la que estaba por encima de la cornisa del techo de teja, dando gracias con el «Dios ha resucitado», que el cura salmodiaba mientras bendecía a sus fieles con agua de pétalos de rosas y violetas... más tarde, antes de que concluyera la misa, yo había desaparecido. Por el caminito transversal y escondido, que con anterioridad había descubierto, comencé a ascender a la dorsal del monte... encaminándome hacia el lugar en donde se encontraba la encina real. Creía conocer bien el camino. Todo el camino era ascendente, y yo corría, corría para llegar más rápidamente, para tomar a mi amada —porque la encina era mi primer amor— y volver de nuevo rápidamente, imaginando que mi ausencia entonces no se notaría y que no tendría que oír reprimendas de mis padres. Antes de mí habían salido del levantamiento de los pastores unos cuantos de entre los grupos de pastores, partían hacia la villa para traer corderos y quesos a los compañeros y trasladar más viandas de la ciudad. Ellos volverían por la

tarde y no era probable que los encontrara en mi camino. Pero, contra toda sospecha, vi a lo lejos a otros que venían hacia aquí, en compañía de mujeres, niños y yuntados; los pastores venían de la ciudad al campo para festejar conjuntamente con sus familias. Por eso modifiqué el rumbo y me apresuré a ocultarme detrás de unos setos frondosos. Si aquellos hombres me encontraban solo, lejos de mis padres, caminando sin saber adónde, se extrañarían y, en caso de no convencerme para volver atrás con ellos al instante, se lo anunciarían de todas formas a mis padres a los que encontrarían abajo, en el Gran Cercado. Era un niño de apenas once años. Ellos pasaron rápidamente y yo retomé mi camino, pero en seguida me perdí. Al llegar a un cruce, tomé el camino de la izquierda, el más alto, y llegué jadeante a la cumbre del monte. Ya la gran encina era mi bienhechora y mi tutora. Ella me desplazaba del engaño y parecía como si me asintiera desde lejos y me condujera hasta llegar junto a ella. Cuando la vi más abajo, a la derecha, bastante lejos, dejé el caminito por el que corría, y volviéndome hacia el este comencé a descender entre los campos, saltando peñas, zanjas, setos de matorrales y zarzales, rasgándome la piel, sangrando en manos y piernas... Al final llegué junto a la deseada ninfa de los bosques.

Estaba agotado, sudoroso y jadeante. Nada más llegar me arrojé a la hierba, rodé sobre las amapolas y las florecillas. Empero, sentía una dicha oculta, un disfrute soñado. Soñaba con ver hacia arriba su ramaje robusto, y abría y cerraba placenteramente los labios en el aliento de su aura mientras sus hojas aleteaban. Cientos de pájaros reposaban en sus ramas, musitando canciones alocadamente... Frescura, aroma y deleite empañaban mi alma... Estaba apartado y no había dormido bien por la noche. Me faltaba sueño. A la sombra del enorme árbol, en medio de las encarnadas amapolas, vino Morfeo y me embaucó, mostrándome imágenes como a un infante curioso. Me mostró que el árbol —vivía en el sueño el sentido del árbol— de tanto en cuanto trastocaba su visión, su imagen y su forma. Por un instante su raíz se me pareció a dos hermosas tibias bien torneadas, juntadas la una sobre la otra, luego al instante se despegaban y se separaban en dos; el tronco me pareció que se transformaba y adoptaba la forma de la cintura, conteniendo vientre y pecho, con dos elegantes regazos; las dos ramas grandísimas me parecieron dos brazaletes, codiciando manos hacia el infinito, luego descendiendo comprensiblemente hacia la tierra sobre la que yo yacía; y su profundo follaje perenne me pareció como frondosa

cabellera de moza, atada hacia arriba, luego suelta, ondulante, relajada hacia abajo.

Mi análisis, lo buscado en el sueño e impreso en el lamento de mi pensamiento, fue este: «Ay no es un árbol, es una joven; y los árboles, cuando los vemos, son mujeres».

Cuando al cabo me desperté, tuve en la mente, como continuación del sueño, el recuerdo de la parábola del ciego al que Cristo sanó, según se lo había oído al maestro de Historia Sagrada. «Al principio vio a los hombres como árboles; luego, los vio simplemente…».

Todavía no me había despertado cuando oí lo que decía el espectro: la joven —la encina—, que había adoptado voz, me decía: —Di que no me lapiden, que no me talen… que no quiero hacer daño involuntariamente. Yo no soy un hada inmortal, viviré tanto como este árbol…

Desperté aterrorizado y me marché… Era ya mediodía y el sol estaba en su cenit. Quemaba en alto sobre la cumbre de la encina, que era una sombra impenetrable… Por la loma vecina se oía una voz llamándome por mi

nombre. Era un pequeño pastor con su manto, con su vara torcida y con diez cabras a las que guiaba. Me dijo que mi padre me buscaba intranquilo y corrí hasta llegar rápidamente allí abajo…

No comprendí nada del sueño premonitorio. Más tarde aprendí en un manual de mitología que la Amadria[1] muere junto con la encina en la que se encuentra encarnada…

Después de muchos años cuando, de vuelta del extranjero, regresé a mi pueblo y visité aquellos lugares, las estaciones de los recuerdos infantiles, no encontré nada más que el lugar en donde antaño allí estuvo la encina real, el vasto y magnífico árbol, el hada dueña de los bosques.

Una anciana con su huso, con dos ovejas que pastoreaban en el campo cercano se encontraba allí, sentada por fuera de su pequeña casucha. Cuando le pregunté qué había sido del «Gran Árbol» que en un tiempo estuvo aquí, me respondió: —Varyenis, ¡que descanse en la paz del Señor!, lo cortó… y tampoco

1 En la mitología griega son las ninfas de los árboles.

él tuvo misericordia con su hacha; todos los árboles maravillosos, tanta prosperidad. Enfermó y a los pocos días murió… El Gran Árbol fue vengado.

EL LAMENTO DE LA FOCA

Debajo del manantial que bañan las olas, donde desciende el camino que comienza desde el molino de viento de Manoyannis, apostado frente a Mnimuria y, al oeste, al lado del bajo promontorio de la costa donde los vagabundos de pueblo —que no cesan de nadar todo el verano allí alrededor desde la mañana a la tarde—, llaman «La Concha» —parece que tiene esa forma—, la vieja Lukena, una pobre anciana afortunada, baja por la tarde noche sosteniendo en su axila un bulto para lavar sus blancas sábanas en las olas saladas y luego endulzarlas en Aguadulce, la pequeña fuente que lagrimea desde la estallante peña y se vierte tranquila en las olas. Baja con cuidado la cuesta, el camino, y con susurrante voz entona un fúnebre lamento llevándose a la vez la palma de la mano a la frente para cubrir sus ojos de la ceguera del sol, que declina en la montaña de enfrente, cuyos rayos frente a ella enturbian la pequeña empalizada y las tumbas de los muertos, albísimas, encaladas, resplandecientes, con sus últimos rayos.

Se acordó de sus cinco hijos, los que había enterrado en aquella era de Caronte, en aquel huerto de la muerte, uno tras otro, hace muchos años, cuando todavía era joven. Dos muchachas y tres zagales. Caronte, el insaciable, los

había segado a todos en su corta edad.

Finalmente se llevó a su marido y le habían quedado solo dos hijos, ahora en el extranjero; uno se había ido, le habían dicho a Australia, y no había enviado una carta desde hacía tres años; ella sabía lo que iba a suceder. El otro, el más pequeño, viajaba en los barcos por el Mediterráneo y de vez en cuando se acordaba todavía de ella. Le había quedado también una hija, ahora casada, con media docena de niños.

La vieja Lukena ahora en su vejez servía junto a ella, y por ella iba cuesta arriba, al camino, para lavar las fundas y otras ropas diferentes en las olas saladas y endulzarlas en Aguadulce.

La vieja se agachó en el borde de la elevación de la pequeña devorada por el mar y comenzó a lavar la ropa. A su derecha, al lado, descendía suavemente la fuente de la colina por donde estaba el cementerio y en cuyos lechos se derramaban eternamente hacia el mar, el pandemónium, pedazos de maderas podridas de exhumaciones o bien de traslados de esqueletos humanos, restos de zapatos dorados o camisas de jóvenes mujeres bordadas en hilo de oro, nunca enterradas con

ellas, rizos de cabelleras rubias, y otros despojos de la muerte. Por encima de su cabeza, un poco a la derecha, dentro de una pequeña laguna oculta colindante con el cementerio, se había sentado un joven pastor cuando regresaba con su pequeño rebaño de los campos y, sin reparar en lo fúnebre del lugar, había sacado la flauta del morral y comenzó a entornar un divertido canto pastoril. El lamento de la vieja cesó con el sonido de la flauta y los que regresaban de los campos a aquella hora —entre tanto el sol se había puesto— oían solo la flauta intentando ver dónde estaba el flautista, que no aparecía, oculto entre los arbustos, dentro de la profunda llanura del manantial.

Una goleta había izado las velas y daba vueltas en medio del puerto. Pero sus velas no agarraban y nunca doblaba el cabo oeste. Una foca, pastando allí cerca, en las aguas profundas, que tal vez oyera el silencioso lamento de la vieja, quedó encantada por la ruidosa flauta del pequeño pastor y vino hacia afuera, al rompeolas, divirtiéndose con el sonido y balanceándose con las olas. Una pequeña joven, nieta de la vieja, Justita, de nueve años, quizás la habría enviado su madre o tal vez se había deshecho de su vigilante supervisión y sabiendo que la abuela se

encontraba en La Concha, lavando en la costa, vino a buscarla para jugar un poco con las olas. Pero no sabía por dónde comenzaba el camino, desde el molino de Mamoyannis, frente a Mnimuria, y cuando oyó la flauta fue hacia allí y descubrió al flautista escondido, y después de hartarse de escuchar el instrumento y de elogiar al pequeño pastor, vio allí, al borde del anochecer, un pequeño camino muy abrupto, muy en pendiente, creyó que era este el camino y que por allí había descendido su abuela, y tomó el camino de la abrupta pendiente para llegar a la costa y encontrarse con ella. Ya había anochecido.

La pequeña dio unos pocos pasos hacia abajo, vio que el caminito se hacía todavía más enfilado. Dio un grito e intentó subir para volver atrás. Se encontraba encima de la ceja de una roca saliente, como de la estatura de dos hombres, por encima del mar. El cielo se oscurecía, las nubes ocultaban las estrellas y la luna estaba menguando. Intentó, pero no encontró ya el camino por donde había descendido. Se volvió de nuevo e intentó bajar. Se resbaló y cayó *¡plaf!* en la ola. Era tan profunda como alta la roca. Casi de dos palmos. El ruido de la flauta hizo que no se oyera el grito. El pastor oyó un golpe seco pero desde allí

donde estaba, no veía la base de la roca ni el extremo de la costa. De todos modos, no había prestado atención a la pequeña y apenas había notado su presencia.

Cuando hubo anochecido, la vieja Lukena había hecho su hato y comenzó a subir el camino, regresado a la casa. En mitad del caminito oyó el golpe seco, se volvió a mirar en la oscuridad, hacia la parte donde estaba el flautista.

«Será aquel flautista del atardecer», porque lo conocía. «No le basta con despertar a los difuntos con su flauta, no hace nada más que arrojar piedras al mar para pasar el rato… Está marcado y no congenia con nadie». Siguió su camino.

La goleta siguió todavía dando vueltas en el puerto y el pequeño pastor siguió soplando su flauta en la tranquilidad de la noche.

La foca, como había venido fuera al rompeolas, encontró el pequeño cuerpo ahogado de la pobre Justita y comenzó a circundarlo y a lamentarlo antes de comenzar la cena de la tarde.

El lamento de la foca, que un anciano pescador, entendido en la voz sorda de las focas, tradujo en palabras

humanas decía más o menos así:

«*Esta era Justita*
la nieta de la vieja Lukena.
Algas son sus bodas,
conchas su dote.

Y la vieja aún se lamenta
por sus antiguos vástagos.
Como si alguna vez acabaran
dolores y penas en las gentes».

Ioannis Kondylakis

Ioannis Kondylakis nació en Creta hacia el año 1862, en el seno de revolucionarios griegos. Fue un periodista famoso, pero sus artículos de tinte patriótico contra los otomanos fueron la causa de su exilio en 1889 hacia Atenas, ciudad en la que viviría por mucho tiempo. Allí colaboró con la prensa local como columnista, especialmente en el periódico Embrós con el seudónimo de *El caminante*. Se le considera uno de los pilares de la narrativa griega contemporánea, por sus relatos cortos que son numerosos. Entre sus obras destacan *Ho Patouchas* (1916), *Según cruzaba* (1916) *y Primer amor* (1919). Murió en Heraclión en 1920.

CÓMO SE CRISTIANIZÓ EL PUEBLO

Muchas veces había escuchado de su padre la historia de cómo lo había malvendido todo en Modi y se había trasladado al pueblo montañés de Akarano. La culpa había sido de un turco —con licencia— y de un cerdo —con perdón—, según explicaba para dejar manifiesto su odio hacia ese turco en concreto y hacia los turcos en general. Entonces Modi todavía era un pueblo de turcos. Había unos pocos cristianos, pero era gente humilde de las llanuras, tritárides, es decir, jornaleros de las haciendas turcas que cobraban un porcentaje de la cosecha. El único que conservaba un poco de dignidad humana y orgullo, porque tenía suficiente tierra como para no trabajar para los nobles era su padre, Mijalis Alefusos. Pero precisamente porque tenía independencia moral y no doblaba el espinazo fácilmente, no lo tragaba el agá Kerim, el turco más rico y poderoso de Modi; un hombre fanático y tiránico, que quería que los cristianos tomaran conciencia de que sobrevivían únicamente a causa de la tolerancia de los turcos. Por ello, cuando pasaba Alefusos y lo saludaba con un simple «buenas tardes, agá Kerim», torcía la cabeza y, con mirada amenazante, lo observaba alejarse. Un buen día le dijo a un ayudante turco:

—Por Alá que ese tal Alefusos es un rebelde; me ha mirado a los ojos, no es ningún súbdito.

Cuando el dominio egipcio trajo algo de alivio a la situación de los cristianos en Creta, Alefusos, envalentonado, cometió una gran osadía. Compró un cerdo y se puso a alimentarlo para la Navidad. ¡Un cerdo en Modi! ¡Un cerdo en el pueblo del agá Kerim, y además al lado de su casa! *¡Puf!* ¡Será desgraciado el muy infiel!

Los primeros gruñidos del cerdo extendieron el pavor por el pueblo, y a muchos turcos se les erizó el vello. Se reunió el consejo de agás en casa del agá Kerim y decidieron que se expulsara del pueblo al insumiso de Alefusos o se lo asesinara. Pero antes de nada que se matara al cerdo. Eso era innegociable. Al día siguiente, mientras el agá Kerim fumaba su pipa en el patio, vio aparecer un sucio hocico a través de la puerta del patio. *¡Puf!* ¡Maldita sea tu fe!

—¡Un día de estos, por Alá, que viene a la mezquita a darnos los buenos días! —dijo otro agá—. Este se escapa por donde pilla abierto. *¡Zape! ¡Zape!*

—Lo tendré que matar yo al marrano, agás —dijo el bölükbaşı turco-albanés, una especie de dignatario, que detentaba en el pueblo plenos poderes. Con ello no hacía más que respaldar las decisiones ya tomadas.

Una vez llegado a la casa de Alefusos sacó la pistola y mató al cerdito.

—¿Por qué no encierras al bicho este? *Puf*, Dios lo condene, en vez de dejarle dar vueltas alrededor de nosotros —le dijo a la mujer de Alefusos, que al escuchar el disparo se asomó intranquila por la puerta.

Alefusos era terco y al cabo de una semana se trajo otro cerdo, aún más grande, de Plataniá.

—Pero hombre, por Dios, ¿es que quieres que te maten, Mijalis? —le dijeron los cristianos del pueblo—. No les toques las narices, que se te acaban llevando por delante.

—No me van a matar —respondió Alefusos sin inmutarse—. Los jenízaros ya se han ido.

Pero si bien los jenízaros se habían ido, sus modos no quedaban tan lejos como pensaba. El bölükbaşı mató también al otro cerdo, alegando ahora que le había volcado el narguilé, que es una pipa de agua. Entonces comprendió Alefusos que, si seguía con su cabezonería de comprar cerdos, lo único que haría sería ayudar al turco-albanés a practicar su puntería.

El agá Kerim, que tenía hirviendo las entrañas, acabó explotando un día que se encontró a Alefusos por la calle:

—¡Tú, qué son esas impiedades que vas haciendo! ¿De cerdos, infiel, nos vas a llenar el pueblo?

—No son impiedades, agá Kerim —respondió Alefusos con tono respetuoso pero firme—. Nuestra fe nos dice que comamos cerdo, con licencia…

—¡Nuestra fe! ¡Que le… a nuestra fe!

Y al mismo tiempo levantó la pipa y la dirigió hacia Alefusos. Pero este, esquivando el golpe, agarró al agá del brazo.

—¡A mí no me levantas el brazo, perro infiel! —gritó el agá Kerim y empezó a golpearle con furia. Otros turcos acudieron y Alefusos a malas penas consiguió llegar a su casa, casi sin sentido y ensangrentado. Al cabo de un mes, una noche que volvía de alimentar a sus bueyes, un desconocido le disparó y, herido en el hombro, corrió un gran riesgo y estuvo postrado no poco tiempo. Dándose así cuenta de que los turcos habían decidido quitarlo de en medio, no tuvo más remedio que malvender y refugiarse en el pueblo montañés de Akarano.

Su hijo, Stamatis, había escuchado muchas veces de su padre esta historia y desde pequeño había llenado su alma de odio contra los turcos y, especialmente, contra los de Modi, y soñaba con hacer justicia. Kerim ya había muerto, y el viejo Alefusos había muerto también; que estén en gloria en el otro mundo, allí donde por descontado se habían llevado sus odios. Pero igual que Alefusos había dejado un hijo, también había dejado Kerim al agá Arif. Estos dos ajustarían las cuentas familiares. Arif era totalmente diferente a su padre. Un hombre afable, amigo del vino y de las diversiones, que se llevaba bien con cristianos y turcos, y repartía su tiempo entre Modi, donde tenía esposa e hijos, y La Canea, donde tenía amantes y compañeros de correrías. Su única labor era divertirse y pedir prestado o vender, cuando las rentas no se ajustaban a sus necesidades.

Stamatis había heredado de su padre las ganas de trabajar y un intenso rencor hacia los turcos de Modi. Tenía más o menos la misma edad que Arif; era un joven de treinta y cinco años, de constitución hercúlea, con una barba rubia y densa, y ojos llenos de vivacidad y malicia.

Un día, de pronto, se enteraron los de Modi de que Stamatis Alefusos había comprado sus posesiones

familiares y a los pocos días se instaló en su casa paterna, al lado mismo de la de Arif. Una de sus primeras preocupaciones fue traerse de Akarano una cerda con seis o siete cochinillos, tan ruidosos e inquietos que parecía que había llenado de cerdos todo el pueblo. Y de hecho lo había llenado, porque los cristianos de Modi que no tenían cerdos no tardaron en comprarlos, y los que los tenían atados los dejaron sueltos para que se pasearan por el pueblo y por los campos de los alrededores, que visitaran ocasionalmente el café turco, que entraran en los patios turcos —para gran indignación y pavor de las señoras— y que irrumpieran en los huertos de los agás.

Ahora ya no había bölükbaşı y la época de los jenízaros se había alejado tanto que corría riesgo de olvidarse. Modi, de pueblo de turcos había pasado a ser pueblo de cristianos, porque en la última revolución muchos turcos habían muerto o se habían trasladado a La Canea; a los turcos pues los sustituyeron cristianos de los pueblos montañeses que, siguiendo el ejemplo de Stamatis, habían comprado las posesiones turcas en venta. Al ver que la población cristiana del pueblo aumentaba y la turca se reducía, Stamatis estaba exultante. Y un día le dijo a Arif con una sonrisa burlona:

—¡Ay, agá Arif, si viviera el bueno de tu padre para ver en qué se ha convertido el pueblo!

Arif puso mala cara.

—¿En qué se ha convertido? —preguntó con voz sorda.

—¿Qué en qué? Pues cristiano, hombre. ¡Mira, mira!

Y con un gesto triunfal le mostró un hatajo de cochinillos, que iban a la zaga de su madre. Sin embargo, Arif se limitó a mirar a los cerdos sin escupir ni blasfemar, como su padre.

—Si viviera tu padre —continuó Stamatis—, entraría en cólera.

Pero al ver que Arif, en lugar de enfadarse, parecía apenado por sus burlas, a Stamatis se le pasó la terquedad. Y abandonó una venganza que llevaba mucho tiempo preparando: enviarle el día de las fiestas musulmanas, como agasajo al hijo del agá Kerim, el mejor de sus cochinillos.

Pero nunca se alegró tanto el alma de Stamatis como durante el día de Nochebuena, cuando por todo Modi resonaban los gritos de los cerdos degollados. Para intensificar su regocijo repetía sonriendo de oreja a oreja, según se dice:

—Justo hoy me he dado cuenta de que Modi se ha cristianizado.

Con todo, conservaba la idea de que, por mucha indiferencia que le mostrara Arif, por dentro estaría colérico. ¡No era poca cosa que hubiera degollado dos cerdos en la puerta de su casa! Pero a los pocos días Arif, volviendo de La Canea, se detuvo a caballo ante la puerta de Stamatis.

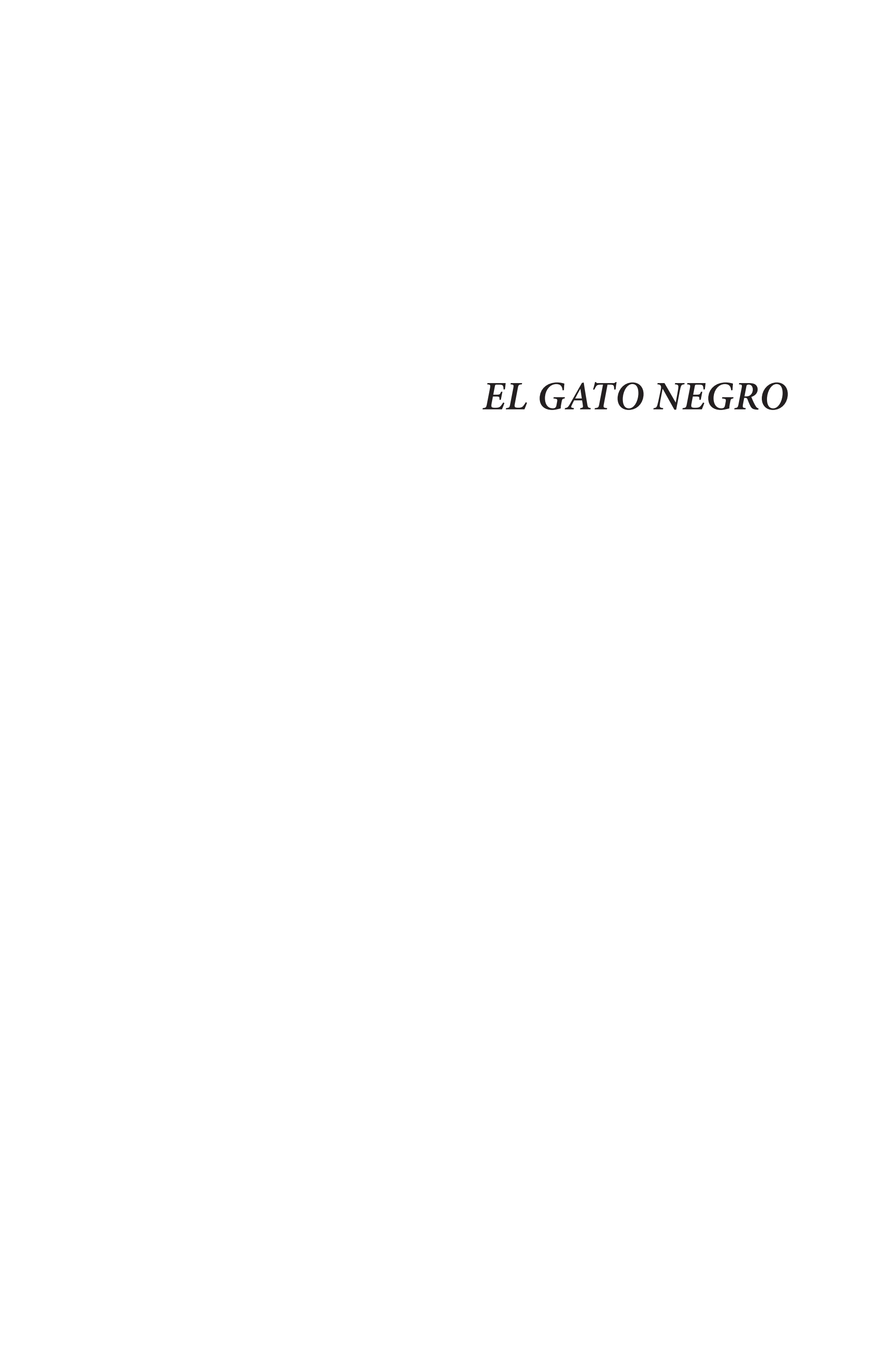
—Buenas noches, vecino —dijo a Stamatis, que acababa de aparecer—. Saca vino para convidarme… Esta noche estoy de buen humor.

Stamatis se movió para ir a buscar el vino, pero Arif lo paró.

—Y algo bueno de picar.

Luego descabalgó y dijo en voz baja:

—Un poco… de longaniza.



EL GATO NEGRO

Poco después de la cena estábamos donde Zajaratos, al lado de las mesas de billar, junto con muchos otros, observando una partida entre dos buenos billaristas. De repente, mi amigo Pavlos Damulís, que estaba de pie a mi lado, se puso amarillento y me agarró del brazo, como si tuviera miedo de caerse.

—¿Qué te pasa? —le pregunté intranquilo.

—Me he mareado… como si se me fuera la cabeza —me respondió, y noté que temblaba.

—Salgamos a que te dé el aire. Aquí hace calor.

Le estiré del brazo y salimos a la plaza.

—¿Sigues mareado? —le pregunté.

—No, se me ha pasado —dijo, y se soltó de mi brazo.

A los pocos pasos se paró y me dijo:

—¿Sabes lo que me ha pasado? De pronto se me pusieron oscuros los ojos. Te miré y tu cara me pareció oscura y manchada. Me parecía que estaba soñando.

Todas las caras y todas las cosas me parecían como si se estuvieran alejando y volviéndose cada vez más tenues. Y, ¿sabes lo que pensé?

—¿Que te daba un síncope?

—No, algo que da más miedo…

—¿Qué?

—Que me estaba volviendo loco.

—¡Menuda idea! —dije riéndome—. ¿Y cómo te ha dado por pensar eso?

—¡Yo qué sé! Supongo que los problemas mentales empiezan de ese modo.

—Estás tonto. Uno que se está volviendo loco no es capaz de pensar así. Ha sido un mareo sin importancia de los que les da a todo el mundo por cosas del estómago o cualquier otra cosa pasajera.

—Y sin embargo… —dijo, y suspiró después de un largo silencio.

—¡Y sin embargo…! ¿Así que estás lo bastante cuerdo como para pensar que te has vuelto loco? Entonces no te puedes quedar. Llama corriendo a un cochero y que te lleve a Dromokaítio: «Señor director, estoy aquí para someterme a sus cuidados». Pero no creo que te acepten, porque serías el primer loco que va por su propio pie al manicomio.

No dijo nada, pero siguió encorvado y adusto. Mi intento de divertirlo y alejarle de los miedos y la melancolía había sido en vano.

—¿Pero te basas en algo para creer que estás en un peligro así? —le dije después de unos minutos de seriedad.

—En muchas cosas —me contestó—. Para empezar, estoy mal de los nervios.

—¿Y quién está bien de los nervios en nuestra época? ¿Tienes algo hereditario, alguna enfermedad?

—No sé si algún antepasado mío ha tenido algo así; pero es suficiente con sufrir de los nervios como yo, cuando se dan también otras circunstancias.

—¿Qué circunstancias se dan?

No me respondió.

—¿Qué más te da? —me dijo al poco con un gesto de disgusto.

Yo, viendo que no mejoraba el asunto, cambié la conversación. Nuestro paseo nos llevó hasta los jardines del Parlamento, que ya se habían vaciado a causa de las primeras lluvias y el viento fresco. Pero esa tarde no era especialmente fría, el café aún estaba abierto y algunos amigos de la soledad fumaban ocultos en las sombras.

—¿Por qué no nos sentamos a fumar pipa bajo los plátanos? —me dijo Damulís—. Me gusta mucho este sitio. Esta noche no hay humedad.

Di por supuesto que con esa manera en que había cortado hace poco nuestra conversación, ahora quería que la continuáramos, e intuí que un pesado secreto debería apenar tanto su alma que ya no podía seguir ocultándolo. Mi curiosidad se desató y me puse a esperar la revelación de algún desafortunado accidente doméstico o un amor imposible. Y mientras nos dirigíamos a los plátanos, no

sé cómo en mi mente apareció una loca que había visto hacía tiempo en el manicomio y que gritaba desde la celda en la que la tenían encerrada:

—¡Asesinos! ¿Por qué me envenenan a mi niño?

Tan absorto y conmocionado estaba con mis elucubraciones que me había quedado en silencio. También Pavlos seguía callado, hasta que el empleado del café nos trajo los narguilés. Tras fumar un poco, se apoyó la boquilla en el muslo, como preparándose para dar una gran charla, y dijo:

—¿Te has enterado? Lamirás se vuelve otra vez a la ciudad y llegará en cosa de un mes.

Nikos Lamirás era empleado del mismo banco en el que Pavlos trabajaba. Desde hacía dos o tres años habían trabajado juntos en la oficina de Atenas, tenían el mismo rango y parecían amigos.

Además, compartían el amor por la literatura y a menudo su tema de conversación versaba sobre temas espirituales y fisiológicos. Lamirás era menudo, moreno, con una perilla azabache y densa, y una mirada

tranquila y profunda. Era tan hombre de pocas palabras y tan comedido como vivaracho, apasionado y locuaz era su colega. Eran igualmente del todo opuestos en la fisionomía. Pavlos era rubio, más alto y parecía más ancho de espaldas, pero sus ojos azules carecían de la fuerza que expresaban los ojos del otro.

Nikos estaba casado y muchas tardes de invierno había pasado junto con Pavlos por su casa. Muchas veces había observado que la impetuosidad y obstinación de Damulís daban pie a altercados encendidos, pero no tanto como para que se enfriara o se acabara su relación.

—Buenas noticias —le dije a Pavlos—. ¿Te acuerdas de las tardes tan agradables que hemos pasado en su casa?

—Para mí no son buenas en absoluto —dijo Pavlos.

—¡Bah…! ¿Es que no son amigos? ¿Cuándo se enfadaron?

—Nunca hemos sido amigos o, más bien, nunca ha sido amigo mío.

—No te sigo.

—No me sigues porque no le conocías bien. Es el mayor hipócrita sobre la faz de la tierra, ruin como el que más.

—Pues si tenías esa opinión sobre él, ¿por qué lo frecuentabas?

—¿Es que podía evitarlo? Trabajábamos en la misma oficina. Además, tardé en darme cuenta. Es profundo y oscuro como el mismo infierno. Ahora mismo que te estoy hablando no me viene ninguna acusación concreta contra él, ningún motivo concreto para odiarlo. Al principio me inspiraba simple e injustificada antipatía, que intentaba controlar por miedo a estar equivocado; pero luego me di cuenta de que me odiaba de verdad, con el odio insidioso de los cobardes. Si hubiera tenido la fuerza o el valor de matarme, ya lo habría hecho como el más duro de los asesinos. Pero dio con un modo seguro y maléfico de destruirme, y me destruyó.

—Pero, de todos modos, tanto odio tiene que tener algún motivo.

—¿Qué motivo tienen las víboras para envenenar?

—Bueno, vale. Veamos ahora el mal que te hizo.

—¿No has visto lo que me ha pasado hace un momento? Es por su culpa que me ha pasado.

—¿Te has mareado por su culpa? Tú me estás tomando el pelo.

—Cuando te he dicho que tenía miedo de que el mareo fuera el comienzo de la locura, no te he dicho toda la verdad. No es que tenga miedo, sé a ciencia cierta que me voy a volver loco, ¡y la culpa la tiene el demonio ese!

Si no me hubiera hablado con tanta indignación, nunca habría creído que iba en serio, pero la forma y el tono en que hablaba me hicieron preocuparme, plantearme que de verdad no estuviera del todo bien.

—¿Pero no te das cuenta, alma de cántaro —le dije—, que lo que me estás contando no tiene lógica ninguna y que así no vas a convencer a nadie?

—Ahora te explico, ahora te explico, y te verás cómo te convence y cómo te deja la satánica trampa que me tendió. Recuerdas que discutíamos a menudo, porque

siempre tenía lista una opinión contraria a la mía. Su oposición sistemática me enfadaba sobremanera, pero me enfadaba todavía más la sangre fría que conservaba hasta en las conversaciones más encendidas y exaltadas. Me parecía una especie de poderío con el que me humillaba, me parecía desprecio. A veces incluso podía distinguir en forma de ser un tipo de condescendencia, como una especie de supuesta paciencia de arriba abajo, de espíritu fuerte a intelecto débil; y alguna que otra vez distinguía un gesto o un movimiento que significaba: «*¡Puf!* ¡Ya era hora de discutir en serio contigo!». ¿Nunca te diste cuenta de nada?

—Te aseguro que nunca.

—Es malicioso, pero es lo bastante cobarde como para que su maldad no sea evidente del todo. ¿No te he dicho ya que yo algo me olía, pero que no tenía nada concreto ni a ciencia cierta para poder arrancarle la máscara? Sin embargo, con eso había suficiente para saber que no tramaba nada bueno. Pero no me pude contener mucho tiempo. Y un día lo llamé a la cara traicionero y artero, porque descubrí que me había difamado ante uno de nuestros supervisores, pero de modo que no se pudiera

descubrir. Si hubiera dicho algo, si hubiera tenido el valor de devolverme el insulto, estaba tan enfadado que no habría acabado el asunto en palabras. Pero no respondió. Tenía su plan y no pretendía estropearlo, no quería que pasara nada hasta que no completara el mal que tenía planeado.

Pavlos detuvo aquí su relato para fumar; pero con tanto alboroto había dejado que el narguilé se apagara, y después de soplar varias veces en vano, tiró nerviosamente la boquilla al suelo.

—Tengo curiosidad —le dije— por saber qué relación tiene todo esto con el mareo de esta noche. ¿Te envenenó o algo así?

—Algo por el estilo. Algo peor. A raíz de nuestras conversaciones, en las que yo, con mi habitual franqueza y naturalidad, le acabé descubriendo mi alma y mi forma de ser, se dio cuenta de que soy muy propenso a la sugestión. Hacia ese punto débil dirigió sus maliciosos intentos, con el metodismo y la paciencia de un diablo. Al igual que yo, él cree en la misteriosa fuerza de la sugestión y decidió destruirme gracias a ella. Y no tardó mucho en funcionar, en ir emponzoñando mi espíritu poco a poco.

No pasaba un día sin que me hablara de enfermedades mentales, de predisposiciones y toda la pesca; sin que se lo pidiera me trajo libros sobre el tema, que me leí. Y sabiendo que soy muy nervioso, hacía hincapié durante nuestras conversaciones en que sufrir de los nervios es la antesala de la locura; para evitar sospechas por mi parte, también me daba consejos sobre hidroterapia, entretenimientos, viajes, ejercicios… Cuando ya tenía el terreno listo para su siniestro propósito, decidió darme el golpe de gracia. Pero no quería estar cerca de mí cuando llegara el resultado de sus diabólicas acciones. Así que se encargó de que lo trasladaran a la sucursal de X., y un día antes de irse me dio motivos para enfadarme. Y una vez más, según su costumbre, no me respondió nada. Pero cuando vino a despedirse de los compañeros me echó una mirada que, te lo confieso, me dio miedo; y me dijo con una voz suave pero penetrante como el siseo de una serpiente: «Tú, desdichado, morirás en el manicomio».

¿Y sabes qué? No le dije nada. Solo conseguí producir una risa nerviosa. Había quebrantado ya mi voluntad. Era incapaz de enfadarme. Lo sabía y por eso se atrevió a decirme a la cara una frase así, ese mismo que hasta hacía poco tenía miedo de mí. Cuando me quedé solo,

me entró una gran desazón y me dio por pensar si no me esperaría realmente esa suerte. Intenté olvidarlo, pero un dolor de cabeza persistente no hacía más que devolverme a mis temores. Y casi continuamente oía su siniestra voz susurrándome: «Tú, desdichado, morirás en el manicomio».

De estar tan nervioso me entró insomnio. Y una noche que no podía conciliar el sueño y estaba dando vueltas y más vueltas por la cama, me levanté para coger un libro y ponerme a leer. Encima de mi mesa había un libro y sobre él recayó mi mirada. Era un volumen de relatos de Allan Poe. Y me pregunté cómo había llegado ese libro a parar allí. No me recordaba haber comprado ni que me hubiera prestado ese libro. Pero en ese momento tampoco me dio por pensar mucho en el asunto. Cogí el libro, me volví a la cama, me puse a ojear los títulos de los relatos y mi vista se paró sobre el «El gato negro», porque el título estaba subrayado en rojo. ¿Qué quería decir esa marca y quién la habría hecho? No había leído nunca ese relato y podía suponer que lo habría marcado yo para leerlo. Pero, ¿cómo, si ese libro no era mío y era la primera vez que lo veía? El caso es que me leí el relato; al acabar, me vuelvo al escritorio y veo al gato bizco sentado

en la esquina de la mesa, mirándome. La ilusión no duró más de un momento y la atribuí a la excitabilidad de mis nervios y mi imaginación. En vez de dormirme, como esperaba, me quedé insomne toda la noche.

Al día siguiente me dio una fiebre alta, y entre mis delirios ahí estaba de nuevo el gato negro, pero esta vez con los rasgos de Lamirás. Y mientras me contemplaba con una mirada horrible, me maullaba: «Tú, desdichado, morirás en el manicomio». Una vez ya recuperado me puse en serio a pensar y tras examinar minuciosamente todo lo que había hecho Lamirás, descubrí el plan diabólico. El libro de Poe sin duda me lo había enviado en secreto. Recurrí a mi orgullo, a mi terquedad, a mi filosofía, a mi fuerza voluntad para sacarme ese mal de ojo, pero fue inútil. El gato negro ya no se alejaba de mí y las últimas palabras de Lamirás no se iban de mi memoria. Las oía hasta en sueños. Luego empezaron los mareos. El de esta noche no ha sido la primera vez. El primero me dio un mediodía en el despacho; y entonces comprendí que me estaba volviendo loco. ¿Quieres que te diga una cosa que no me había atrevido a decirte antes? Cuando me he mareado antes, he vuelto a ver al gato negro en una esquina de la mesa de billar, con su único

ojo clavado en mí… ¡Y ahora mira! Me da la sensación de estarlo viendo allí.

Me giré hacia donde me estaba señalando y, aunque no dije nada, un escalofrío me recorrió la espalda.

—Sé —se apresuró a añadir— que no es nada, que son cosas de imaginación, ¡pero no me lo puedo quitar de encima, no puedo dejar de verlo!

Tras un breve silencio, suspiró y dijo:

—¿No soy entonces un desdichado y el culpable, el creador de mi desdicha, no es Lamirás? Y ahora imagínate, va a volver a la oficina para que lo esté viendo todo el rato. ¡Qué martirio! Viene a rematar la faena.

Sus últimas palabras las dijo con una voz temblorosa y estremecida, y se escondió la cara entre las manos.

Yo no sabía qué decirle. Empecé a pensar que sus temores no eran infundados, pero que las acusaciones contra Lamirás no eran más que invenciones de su imaginación. Sentía la necesidad de moverme, de alejarme de ese lugar oscuro que el relato de Pavlos había

llenado de ideas lóbregas, y según nos alejábamos del café, le pregunté:

—¿Has visitado a algún médico?

—No, porque tengo miedo de que su diagnóstico, que voy a adivinar aunque no me lo diga, empeore mi estado. Me quitará las últimas dudas y las últimas esperanzas.

—No te preocupes. Conocí una vez a una persona que tenía exactamente las mismas preocupaciones y le curó del todo el neurólogo. Ya que has sufrido de sugestión, te curarás mediante la sugestión. Te hipnotizará y te sacará la idea esa que se te ha metido en la cabeza. Será una especie de curación homeopática.

Parecía convencido y acordamos ir juntos al médico. Pero cuando nos separamos, me dijo moviendo la cabeza con desesperanza:

—¿Y qué médico me va a salvar del auténtico gato negro, que viene dentro de un mes?

—Si te curas de esa idea negra, el tipo ese te parecerá más blanco que la nieve.

El médico, al que procuré ir a ver antes de la visita, me dijo tras escuchar la historia:

—Su amigo presenta un cuadro curioso de psicopatía. Pero los locos de lo único que no tienen miedo es de enloquecer. Teme enloquecer o haber enloquecido ya. Supongo que la neuropatía y los temores morbosos se deben al mal funcionamiento del estómago, que tiene como resultado los mareos que sufre. No creo que se trate de una dolencia grave.

Estando así las cosas, cuando al día siguiente examinó a Pavlos me aseguró que sus mareos se debían a complicaciones intestinales, que eran mareos estomacales. Por otro lado, aseguró a mi amigo que no corría ningún riesgo y que sus ideas malsanas procedían de la lectura de escritos sobre enfermedades mentales. Le recomendó pues que dejara de leer tales libros, y en general cualquier cosa que estimulara la imaginación o agitara los nervios y que viajara. Accedió a mi idea de hipnotizarlo para quitarle de encima la idea del gato negro y la manía persecutoria, pero cuando se puso a ello fue incapaz de hipnotizar a Pavlos. Así que el médico le tocó en el hombro y, bien para ocultar la derrota, o

creyendo realmente que la imposibilidad era una buena señal, le dijo:

—Está más que claro que tienes una fuerza mental más grande que la mía. ¡Estás más sano que un roble y dices que sufres de los nervios! Basta con que quieras y te puedes sacar cualquier mala idea de la cabeza. Y cuando se te arregle el estómago, cosa que no es difícil, desaparecerán también los mareos y, con ellos, todo lo demás. No es nada, nada de nada.

Y nos despidió con la sonrisa más alentadora, repitiendo:

—No es nada de nada, pero un viaje sí que vendría estupendamente.

Pavlos, sin embargo, que al principio parecía esperanzado, al salir había recaído en el desánimo.

—O tu neurólogo no se da cuenta de nada —me dijo— o ha visto que mi situación es desesperanzadora y ha intentado consolarme con mentiras.

Intenté convencerle de lo contrario, pero fue inútil. Le propuse que consultáramos con algún otro médico, pero como respuesta me dijo que no tenía ninguna confianza en los médicos ni en la medicina e intentó convencerme de que la rama de la neurología no había hecho ningún avance en absoluto. Al final me di cuenta de que se habría ido, si no contento, por lo menos satisfecho si el médico le hubiera confirmado sus temores. Que le negaran sus convicciones le ponía a la defensiva, le dolía en su malsana autoestima. Por eso me enfadé yo también, y cometí el error de decirle:

—Pues entonces dime que lo que quieres es que no te falten motivos para quejarte. Esa es también la debilidad de muchas personas.

Me miró un momento sin abrir la boca, y después se fue sin despedirse. Corrí detrás de él, arrepintiéndome de mis palabras nada más decirlas, le pedí perdón, le dije que estaba bromeando, le recordé cuantísimo tiempo hacía que nos conocíamos y que éramos amigos, pero fue inútil. Se fue enfadado conmigo y al poco rato recibí la siguiente nota:

«Creía que estaba tratando con un amigo; de hecho, te consideraba mi mejor amigo y te confié mi desdicha. Pero me has sacado de mi engaño: te agradecería tus esfuerzos si no te compensara ya lo que te has divertido viendo cómo el médico se reía de mí».

Después de esa carta ya no pudimos seguir en contacto. Así que no es raro que Pavlos acabara teniendo la sospecha de que yo era cómplice de Lamirás.

Pavlos no hizo el viaje que le había recomendado el médico y probablemente no cumplió ninguna de sus recomendaciones. Desde aquel día se volvió aún más melancólico, parco y misántropo; cuando lo volví a ver al cabo de quince días, estaba extremadamente consumido. Intenté hablarle, librarle por cualquier medio de la amargura que le habían producido mis palabras. Veía que estaba sufriendo de verdad y sabía que no tenía ningún otro amigo de confianza que pudiera animarlo. Pero cuando me vio, frunció el ceño y me apartó la mirada con hostilidad. ¿Qué habría visto? Quizás ahora veía dos gatos negros en vez de uno.

Me dirigí a un primo suyo, Alkiviadis Damulís, el único pariente que tenía en Atenas, pero a él también

lo evitaba. Solo un día le dijo sobre mí: «¡A ese déjalo estar! Es un hipócrita». Después le pregunté sobre las relaciones entre Pavlos y Lamirás, pero no pude sacar en claro nada más de lo que me ya me había dicho Pavlos.

—Yo los conozco como amigos. Aunque Pavlos es a menudo insufrible con sus peculiaridades, me acuerdo de que incluso entonces Lamirás y su mujer no podían estar sin él. Nikos Lamirás es todo bondad, un corderillo.

—Sin embargo, durante los últimos días que estuvo viviendo aquí se enfadó con Pavlos y además le dijo cosas bastante feas.

—¡Ni caso! Mira lo que pasó: el supervisor hizo un comentario sin importancia sobre Pavlos, y este sin motivos pensó que Nikos lo había difamado ante los otros empleados y lo llamó traicionero, artero, envidioso y de poco no pasa a las manos. Lamirás tiene muchísima moral, y ya le había pasado por alto muchas cosas, así que hizo por no perder la paciencia tampoco en esa ocasión. Pero como Pavlos no lo dejaba tranquilo, acabó perdiendo él también la paciencia un día y le dijo: «Me temo, desdichado, que acabarás en el manicomio». Esto me lo contaron sus compañeros y el propio Lamirás, que

por cierto estaba muy apenado por haber perdido los nervios hasta ese punto, en contra de su carácter y de su costumbre.

Olvidada la posible locura, lo que me entró fue indignación. ¡Hay que ver, señor mío, pasar el tiempo con una persona así…! Pero cuando lo veía me volvían de nuevo la compasión y la simpatía. Su melancolía y malestar seguían avanzando. Él, que solía ir tan aseado, se había abandonado y su barba sin cortar parecía aumentar la debilidad y la fatiga que reflejaba su cara. Se ausentaba frecuentemente del trabajo, y a uno de sus compañeros que le preguntó por qué, le dijo:

—No me encuentro bien. El mundo me parece estrecho, me ahogo. Quiero correr, correr.

Solía pasearse distraído y muchas veces estaba a punto de que lo pillara algún vehículo.

Cuando regresó Lamirás dejó de ir a la oficina, y al cabo de unos días presentó su dimisión. A partir de entonces estaba desaparecido. Su primo, preocupado, acudió a su casa.

—¿Dónde está Pavlos? —le pregunta a la casera.

—¿Qué quieres que te diga, hijo mío? —le dice la vieja enigmáticamente y moviendo con lástima la cabeza—. Yo también sé lo que está pasando este niño. Hace ya días que está encerrado y no sale ni de día ni de noche. Le traen comida del hotel y la coge por la ventana. Fui ayer a hablarle, a que abriera un poco y que corriera el aire, y se enfadó tantísimo que me dio hasta miedo.

Alkiviadis, que claramente no las tenía todas consigo, se acercó a la puerta y llamó:

—¡Pavlos!

Pero tuvo que llamar y que gritar muchas veces hasta que finalmente escuchó la ronca voz de Pavlos desde el interior de la habitación:

—¿Eres tú, Alkiviadis?

Al poco Alkiviadis le oyó arrastrando varias cosas pesadas por detrás de la puerta: baúles y mesas. Después la voz de Pavlos volvió al fondo:

—¡Adelante!

Alkiviadis abrió la puerta, pero no pudo avanzar por lo cargado que estaba el aire de la habitación.

—Entra, entra y cierra —le gritó con urgencia e intranquilo Pavlos, que se había metido en la cama y estaba tapado hasta arriba.

—¿Que cierre…? ¡Ni loco! —le dijo Alkiviades desde la puerta y volvió el rostro—. ¿Cómo puedes vivir aquí dentro? ¿No ves que el aire no se puede respirar?

—Entra rápido o me levanto y cierro.

Como la puerta ya llevaba algunos minutos abierta y el aire se había renovado un mínimo, Alkiviadis entró.

—¡Cierra, cierra! —le gritó Pavlos intranquilo.

Alkiviadis cerró la puerta.

—¿Pero qué narices tienes en la cabeza? ¿Quieres morirte aquí dentro? ¿Por qué te has encerrado? ¿Por qué hay tantos baúles detrás de la puerta? ¡Estas encerrado

aquí dentro día y noche y encima, encamado! ¿Estás enfermo?

En vez de responder, Pavlos se llevó un dedo a los labios y se susurró repetidas veces: «*¡Sssss!*».

Alkiviadis no podía salir de su asombro.

—¿Pero estás enfermo? —repitió mientras su mirada recorría la habitación, que estaba totalmente patas arriba.

—Calla y sienta.

Alkiviadis se sentó.

—Entonces —dijo bajando mucho la voz—, ¿qué misterios son estos? ¿Por qué tanto silencio? ¿Estás bajo asedio?

—Sí.

—¿Y quién te asedia?

—El Gato Negro.

Alkiviadis se lo quedó mirando, intentando poner cara de chiste.

—¿Me estás tomando el pelo? —le dijo.

De pronto Pavlos se levantó enfurecido, con los ojos inyectados en sangre y se puso a gritar señalando a la puerta:

—¡Vete de aquí! ¡Fuera de aquí! ¡Has venido a reírte de mi desgracia! ¡Vete pero ya, pero ya, pero ya!

Y repitió más de diez veces las últimas dos palabras, tan fuerte que se le acabó yendo la voz.

Alkiviadis se levantó lleno de miedo, el mismo que se provocan los gritos y acusaciones de los dementes. Mientras tanto la casera, que había oído los gritos de Pavlos y estaba acudiendo, dejó oír el sonido sordo de sus zapatillas y su vestido y asomó la cabeza. Entonces Pavlos enloqueció de verdad, y su ronca voz sonó como el ladrido de un mastín:

—¡Tú que haces aquí, vieja de mierda! ¡Eh, eh, eh!

Y saltando de la cama agarró a su primo del hombro y con una fuerza increíble lo sacó de la habitación gritando:

—¡Fuera! ¡Todos fuera!

Entonces cerró la puerta con furia, la aseguró, y Alkiviadis pudo oírle arrastrar de nuevo todos los baúles y mesas.

Al día siguiente Alkiviadis se encontró conmigo y me contó lo sucedido, añadiendo que Pavlos seguía encerrado y que además había pasado la noche en ayunas porque no había dejado pasar la comida que le habían traído del hotel. Quizás pensaba que estaba envenenada.

Fuimos corriendo a ver al médico, que acabó convenciéndose de que el paciente había hecho un mejor diagnóstico que él.

—¡Un caso curioso, muy curioso! —decía.

Preparándose pues para verlo, nos dijo que era necesario aislarlo lo antes posible en el manicomio, porque corría riesgo de hacerle daño a alguien o hacérselo

a sí mismo. Así que nos fuimos a avisar por telégrafo a sus hermanos y a dar parte a la policía para que nos ayudara en caso necesario.

Era domingo. Después de varios días de mal tiempo, el sol brillaba vivamente, ofreciendo un bonito día de invierno a los atenienses. Y mientras Alkiviadis y yo bajábamos por la calle del Licabeto, me vinieron a la cabeza ciertos pensamientos que solían asaltarme sobre la insensibilidad de la naturaleza hacia las inmundicias que bajan por la calle o se acumulan en las aceras después de la lluvia y el dolor que llevamos en el alma.

En ese momento Nikólaos Lamirás salía de su casa, más allá de la puerta de Adriano, con su hijo de seis años, Fedón, para dar una agradable vuelta por detrás de la Acrópolis hasta las colinas de la Pnix y de Filopapos. Por la ventana apareció un instante la señora Lamirás, de un rubio sutil y dulce, para despedirse de su hijo, que en respuesta le mandó besos con la mano.

Era un muchachito encantador el tal Fedón. Cuando teníamos por costumbre ir a casa de Lamirás, todos nos quedábamos hechizados por lo gracioso que era y lo encantador de sus balbuceos. Pavlos lo quería

especialmente, se reía repitiendo sus tartamudeos y se lo subía a las rodillas. Ahora estaba todavía más guapo y más gracioso. El pelo con bucles rubios como un ángel y ojos grandes, llenos de luz e inocencia.

Avanzaba a saltitos como un cachorro, sonriendo a todo el mundo, que le sonreía a él a su vez. Y a cada pocos pasos le lanzaba todo tipo de preguntas a su «papito», que no se cansaba de responderle, a menudo revolviendo el pelo rubio del pequeño. Así atravesaron la avenida de la Acrópolis y llegaron a la ermita que hay entre las colinas de la Pnix y de Filopapos, donde había cabras con sus cabritillos. Al ver esto, Fedón pegó grandes voces:

—¡Papito, una cabra con sus cabritas!

Y se quedó hechizado, con las manos en los muslos.

—Corre a jugar con ellas —le gritó su padre, sonriendo.

Fedón salió corriendo, pero cuando se acercó y vio que la cabra alzaba hacia él sus ojos aceitosos y cogía una postura algo amenazante, sus pasos se volvieron indecisos. La cabra, sin embargo, después de mirarle un

momento, optó por marcharse con sus crías y Fedón las persiguió corriendo, mientras Lamirás gritaba:

—Cuidado, no te vayas a caer.

En ese mismo momento salía de entre los pinos que hay alrededor de la Acrópolis un joven de unos treinta años, pálido y débil, como si se acabara de salir de una larga enfermedad, con unas pintas grotescas. Y mientras Lamirás subía por el camino hacia la ermita de san Demetrio, detrás de la cual había ido corriendo su hijo, el tal joven siguió la misma dirección. Estaba tan atolondrado que iba diciéndose a sí mismo frases entrecortadas.

Cuando llegó a lo alto del camino y vio a poca distancia a Lamirás, del que se distinguían los hombros y la cabeza, se puso nerviosísimo de repente, fue corriendo hacia el padre de Fedón y le dijo con voz temblorosa:

—Satanás hecho hombre, ¿hasta cuándo me vas a perseguir? ¿Sabes qué? No moriré en el manicomio, ¡moriremos los dos juntos!

Lamirás se giró y reconoció a Pavlos, listo para dispararle… Pero justo cuando Pavlos iba a pulsar el gatillo, hizo un movimiento de sorpresa. Sus furiosos ojos se abrieron aún más y su brazo extendido se relajó. Entre él y Lamirás encontró a Fedón, con cara de sorpresa y de sobrecogimiento, apretándose contra su padre y tirándole del traje. Pavlos lo reconoció y en ese momento su sombría figura se iluminó y su feroz mirada se aplacó.

—¡Fedón! —suspiró—. ¡Cómo ha crecido!

Sus ojos parecían húmedos. Después de unos momentos de observar a Fedón con una ternura inenarrable, le dijo al padre con voz tranquila, casi relajada, mientras su mirada seguía clavada en el niño:

—¿Qué voy a hacer contigo? Su inocencia es un muro infranqueable entre tu maldad y mi desesperación.

Y salió corriendo hacia la Pnix; aún no se había recuperado Lamirás de la sorpresa cuando escuchó un disparo sordo. Salió corriendo hacia ese lugar y encontró a Pavlos convulsionándose, con una bala en el corazón.

“Y era toda ella dueña del bosque, ama de silvestre belleza, reina de la frescura... Por sus hojas destilaba y a su alrededor fluía «maná de vida, frescura de dulzor, miel desde la piedra»...

Colección
Lima Lee

